



ICA GRÁFICA DEL VIAJE DE

Don ALFONSO XIII

21-22 MAYO DE 1921

AN
X
074

946 (MA)

ALF
CRO

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

CRÓNICA DE UN VIAJE REAL

MÁLAGA 21 Y 22 DE MAYO DE 1921

CRÓNICA DEL VIAJE

— DE —

S. M. el REY D. ALFONSO XIII

— A —

MÁLAGA

LOS DÍAS 21 Y 22 DE MAYO DE 1921

ESCRITA POR

PEDRO ALFARO GUTIÉRREZ

DIRECTOR DE "LA UNIÓN MERCANTIL"

CON LA COLABORACIÓN ARTÍSTICA DE

RAFAEL MURILLO CARRERAS

DIRECTOR DEL MUSEO DE BELLAS ARTES



R. 16.0621

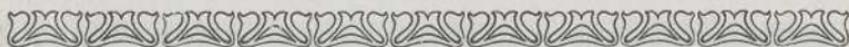
IMPRENTA IBÉRICA
NUEVA, 31 AL 35
MÁLAGA

OBSEQUIO DEL EXCMO.
AYUNTAMIENTO DE MÁLAGA





S. M. el Rey Don Alfonso XIII.



PRELIMINAR

Anhelos vehementísimos de los malagueños por saludar a su Monarca, y unos días de angustiosa incertidumbre, precedieron a esta visita regia, cuya importancia y trascendencia deben quedar perpetuadas, por constituir efemérides gloriosa para nuestra provincia.

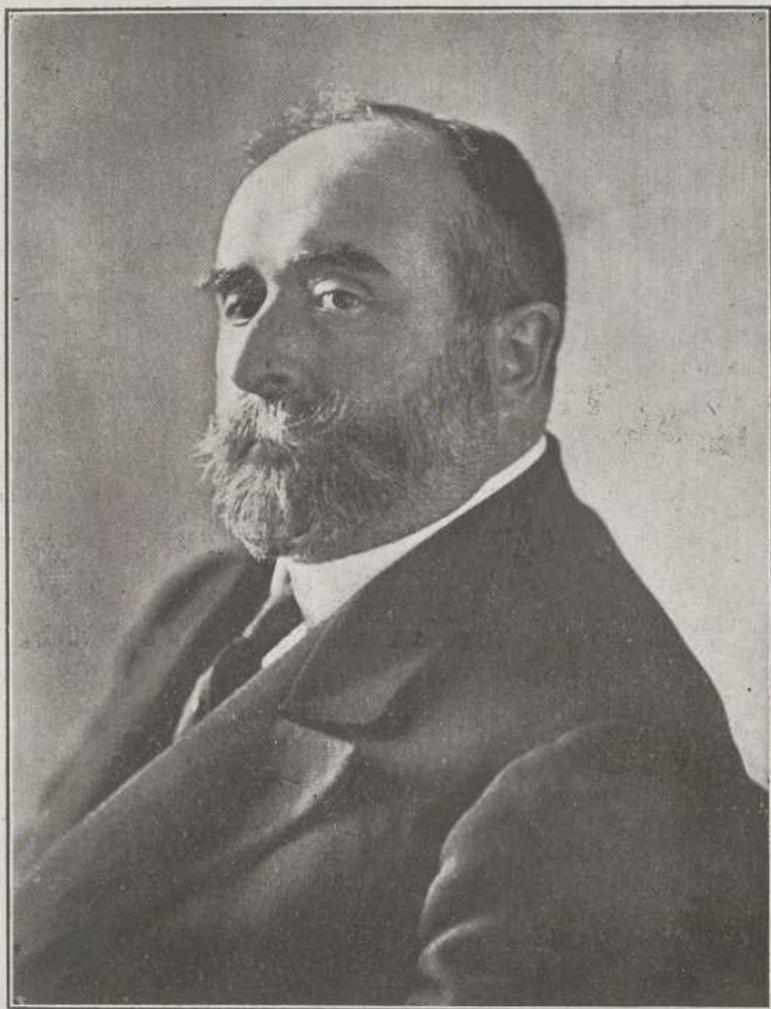
Los detalles de esta visita, el júbilo de la ciudad vestida de gala; las obras magnas, esforzados prodigios de ingeniería, a las que puso remate en unas y comienzo del fin en otras el augusto visitante; y las nuevas construcciones urbanas inauguradas por el gran Monarca español, son memorias espléndidas que van a recogerse en el presente libro, obediente a esta sola finalidad.

La memorable visita regia comenzó en el Pantano del Chorro, y su continuación y final en Málaga. Don Jorge Silvela, hijo del gran patrio de recordación venerable, y D. Rafael Benjumea, prez de los ingenieros españoles, enfrentaron a D. Alfonso con las obras maravillosas del hombre y de la Naturaleza, Luego, a iniciativas del ilustre ministro de Fomento D. Juan Lacierva y Peñafiel, del joven alcalde de Málaga Sr. García Almendro, y de los marqueses de Larios, que no podían permanecer indiferentes a tan grato acontecimiento, accedió el Monarca gustosísimo a la visita a la ciudad.

Y el recuerdo de este viaje, es el que pretendemos conmemorar. Todos sus detalles merecen conocerse; y que se conozcan, perpetuándolos, bajo la valiosa dirección del pintor Murillo Carreras y de varios fotógrafos inteligentes, es lo que aquí nos proponemos.

*
* *
*

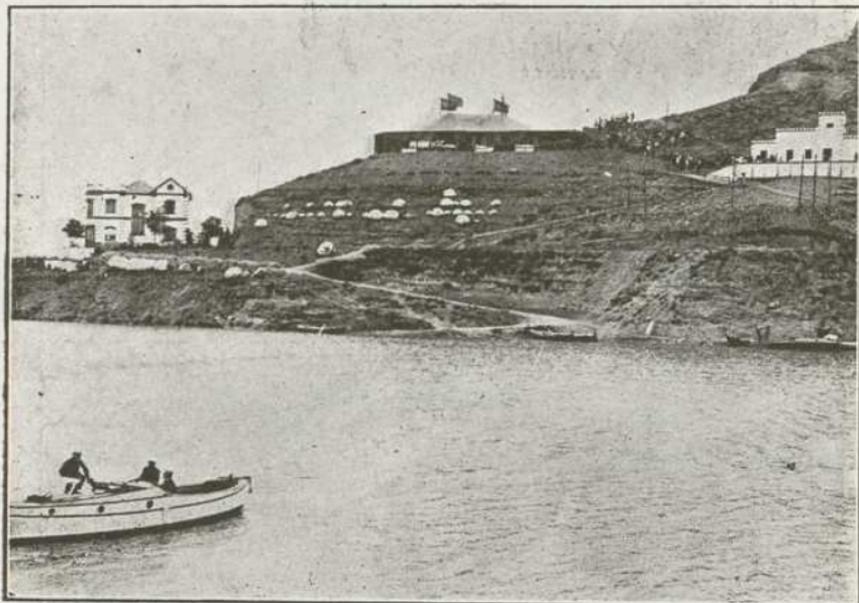
La obra magna del Pantano del Chorro, ese prodigio de la moderna ingeniería, proyecto grandioso que a la voluntad del gran ingeniero Don Rafael Benjumea debe su realización feliz, demandaba que un monarca,—y nadie menos—y un ministro de la Corona, cerrasen con broche de oro de y modo glorioso su terminación, iniciando, a la vez,



Excmo. Sr. Don Juan Lacierva y Peñafiel
Ministro de Fomento,
que ha acompañado a S. M. en su visita a Málaga.

las construcciones de los canales, último detalle de esa obra que será orgullo de los siglos y de España.

Y el rey Don Alfonso, el soberano joven, que atiende con preferencia cuanto progreso y civilización significan, no se hizo de rogar. Bastó una leve indicación, para que del brazo del ministro de Fomento, Don Juan de Lacierva y Peñafiel, en quien la patria cifra su salvación,



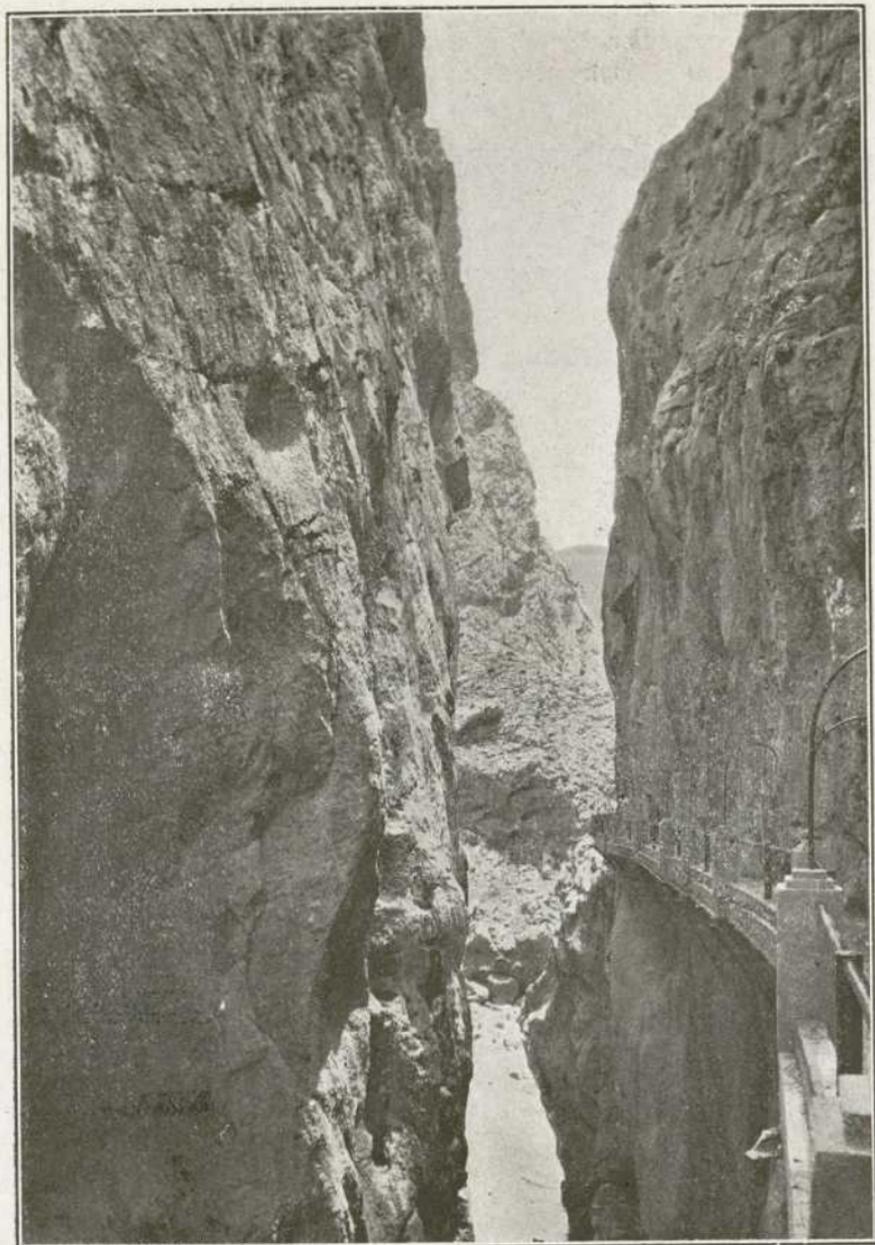
Pantano del Chorro

Una vista del embalse y de la casa Dirección.

aceptase las indicaciones que se le hicieron y se aprestase a visitar las obras del Pantano que ha de llevar la riqueza a muchos pueblos y a gran parte de la vega malagueña.

La grata nueva de esta regia visita circuló pronto y, como era de esperar, tres próceres ilustres: el Conde de Puerto Hermoso, el Marqués de Larios, y el Marqués de Torrelaguna se aprestaron: el primero, a ofrecerle regio alojamiento en su palacio de Pizarra; el segundo, a que visitase la capital; y el tercero a inaugurar las obras del gran Hotel Príncipe de Asturias.

No poco trabajo costó a los marqueses de Larios lograr que el Gobierno autorizase el viaje a Málaga del soberano. Pero son tantos



EN LOS GAITANES

Paseo balconado sobre los precipicios de la Sierra.

sus prestigios, tantos sus merecimientos y tantas las altas pruebas de amor a la Corona por ellos ofrecidas, que hubo, al fin, de rendirse y proporcionar a los malagueños este grafsimo e inolvidable honor de la visita.



D. Francisco García Almenro
Alcalde de Málaga

Al jóven alcalde Don Francisco García Almenro, entusiasta y decidido campeón de cuanto puede lograrse en beneficio de la patria chica y espíritu cultivado y feliz, se debe también, en gran parte, este acontecimiento y las grandes mejoras y ventajas que de la regia visita se han alcanzado.

Todo ha sido grandioso, excepcional, armónico. Sólo la modestia del cronista, elegido por la buena amistad de unos cuantos, desentona del cuadro espléndido que en todos los instantes se ha ofrecido, y empaña con la pluma la brillantez de tantas solemnidades. Si no confiara en la fidelidad del relato, por haber sido festigo presencial de ellas, el grafsimo ofrecimiento hubiere sido rechazado.



La visita al Pantano del Chorro



El día 21 de Mayo de 1921, realizó D. Alfonso XIII su visita al Pantano del Chorro, despertando el entusiasmo entre los modestos pueblerinos y los centenares de obreros de estas obras admirables, que nunca vieron de cerca la augusta figura del Soberano.

Muy temprano, poco después de amanecer, salieron de la estación de Málaga los trenes especiales conduciendo a los regantes del Sindicato Agrícola del Guadalhorce y a las autoridades e invitados a esta excursión bellísima, de paisajes asombrosos que escapan a toda descripción.

El día no hizo honor al clima malagueño. Aunque tibio el ambiente y en calma, los cielos entoldados por nubes inoportunas obsequiaron, de vez en vez, a los expedicionarios, apenas salieron de Gobantes para el Pantano, con fuertes chaparrones.

Las estaciones de Pizarra, Alora, El Chorro y Gobantes, aparecían adornadas vistosamente y con letreros en loor del regio visitante. En



En la estación de Gobantes.—Grupo de invitados.

Gobantes, final de la expedición ferroviaria, hubieron de detenerse gran rato los invitados porque el tren real venía con retraso. Las casas y cafés inmediatos a la estación se adornaban con arcos de follaje, banderitas y patrióticas colgaduras.

Fuera del andén aguardaban los automóviles que habían de llevar al Rey y a muchos expedicionarios a la cola del Pantano, porque la excursión se divide en dos secciones: una, que ha de llegar a la cabeza del Pantano, conducidos en los tranvías eléctricos; y otra, que ha de recorrer el embalse, siguiendo la gasolinera del Rey.



En la estación de Gobantes.—Esperando la llegada del tren real.

A las once y media de la mañana, apareció, por fin, el tren regio, cuya locomotora viene adornada. Sucediéronse unos minutos de silenciosa emoción que pasaron rápidos, cuando la Banda Municipal vibró magestuosa con los sonos de la Marcha Real, y el diputado D. Luis de Armiñán, gritó con todas sus fuerzas: ¡Viva el Rey!

En este instante desbordose el entusiasmo. Los vítores, las ovaciones, atronaron el espacio. El júbilo invadía todos los corazones y pobres y ricos, nobles y plebeyos, considerábanse en estos momentos supremos poseidos de intensa felicidad.

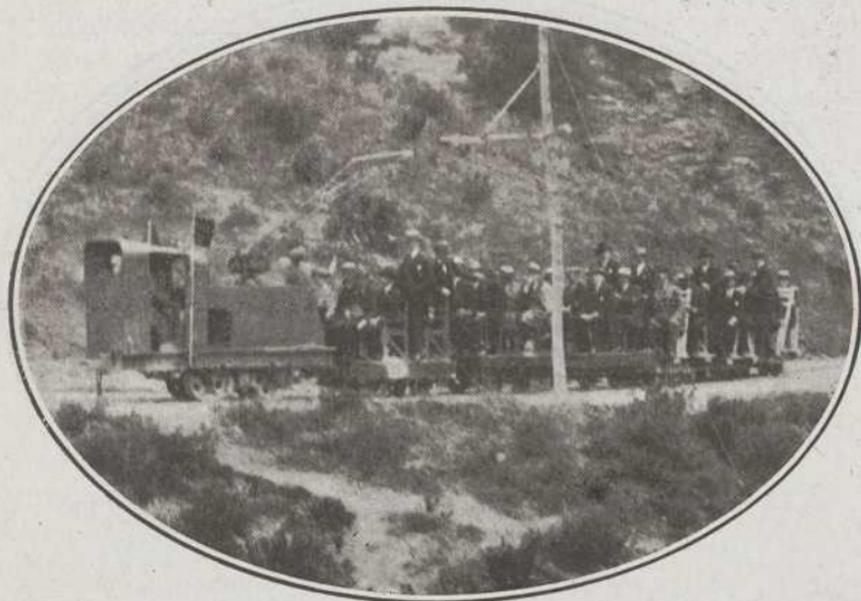
Descienden el Rey y sus acompañantes, el Ministro de Fomento D. Juan Lacierva, el marqués de Viana, el de Villaviciosa y de Torre-

nueva de Foronda, D. Jorge Silvela, D. Emilio Oriño, D. Rodolfo Gelabert, diputados y palafinos, periodistas y fotógrafos madrileños.

Se cruzan los saludos y, seguidamente, ocupa el Monarca un auto en cuyo parabrisa, se levanta orgulloso el Pendón de Castilla. Parte el auto veloz por la carretera de Ardales, y le siguen en otros, el Ministro, ingenieros, diputados y personalidades.

Los que no quieren embarcarse ocupan, de nuevo, el tren que los lleva al apartadero de El Coscojal. Allí les aguardan dos tranvías eléctricos con varias vagonetas. La excursión es admirable. Pero, dejemos hablar un poco de las impresiones que producen en nuestro espíritu, al novelista ilustre, admirable cantor de los paisajes malagueños D. Salvador González Anaya.

«Desde que la zorrilla, cuesta abajo, detiene su carrera en el apartadero del Pantano y el viajero monta en el ferrocarril eléctrico que por una arista o sendero como arañado en la montaña va siguiendo la tortuosa corriente del Guadalhorce, los ojos y el ánimo asombrados ante el bravo espectáculo de las montañas y los túneles y los puentes metálicos tendidos entre las fayas y fastigios de los desfiladeros del Gaitán, plácidamente se impresionan, ya sin la honda inquietud que produce el constante peligro del quebradísimo viaje.

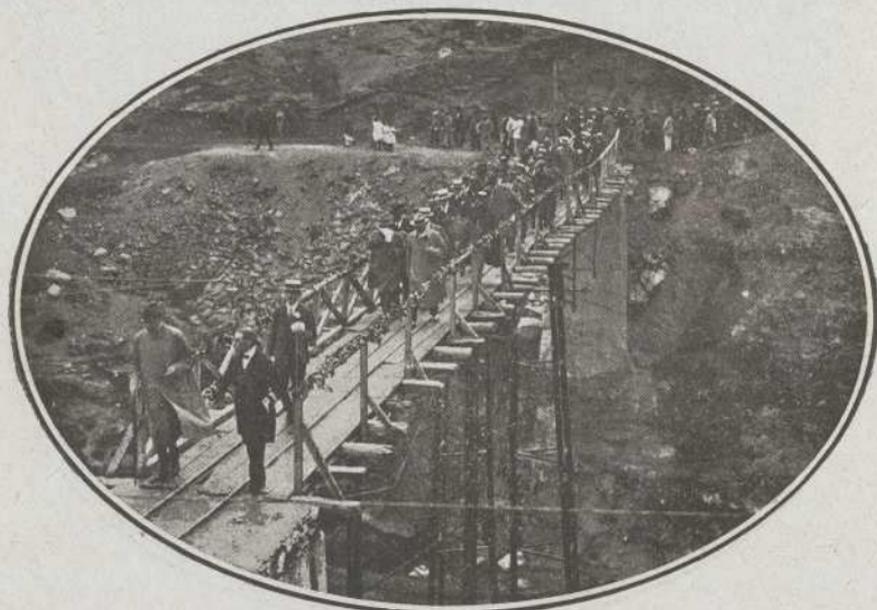


Apartadero del Pantano.—Tranvía eléctrico.

.....

A veces, las dos cintas de hierro por donde vamos se tienden tan al filo de la montaña, que una desviación somera bastaría a arrojarnos por el abismo; otras, el tren se sume en cavidades de la roca que nos producen la ilusión temible de que los bloques montañosos van a romperse, a descuajarse sobre nuestras cabezas. Un instante, cruzamos el río por un esbelto puente de elegantísimos perfiles; otro, pasamos bajo unos sostenes en columnas cuadradas que semejan la fábrica de un templete pelásgico. Y a poco, el tren avisa, la campanita clara suena sobre los ruidos del vaiven, y el convoy se detiene al pié de la escalera que nos conduce a la coronación del Pantano, tras quince minutos de marcha.

La enorme masa líquida que se embalsa en los montes y que detiene la barrera que alzó la mano de los hombres, suspende el ánimo, de súbito. Ni por la suma de los números, ni por los gráficos científicos, ni aun por los cuentos de la hipérbola, el espíritu humano alcanza a comprender con imágenes la grandiosidad de la obra. Es necesario verla allí. Es preciso subir a la corona de la presa y otear, desde su altura, el lago verde y quiéto de lejanas orillas.»



En el Pantano del Chorro.—S. M. el Rey y el ilustre director de las obras Sr. Benjumea, atravesando el puente provisional sobre el Turón.

Después de cruzar un puente sobre el Guadalhorce, se ofrece sumiso el contraste de las aguas fangosas y revueltas del río, en el momento de encontrarse con las verdes y tranquilas que escapan del Pantano.

Los panoramas que se van ofreciendo a los ojos del visitante, cada vez sorprenden más su ánimo. En la roca viva, abiertas aquí y allá, en sitios que parecen solo accesibles a las aves de rapiña, se ven las viviendas que los obreros y campesinos se labran aprovechando las oquedades de las rocas. El color oscuro de la piedra, contrasta con las manchas blancas de cal de sus minúsculas fachadas.

La lluvia iniciada a la llegada del Monarca a Gobantes, arreció desluciendo la excursión encantadora.

En todos los picachos, que parecen tocar al cielo envueltos por nubes, ondean banderas españolas, en cuyas franjas amarillas, se leen los nombres de Málaga, Alora, Pizarra, Ardales, Alhaurín, Cártama, Coín y de todos los pueblos que han de beneficiarse con los riegos.

Ante la presa se extiende magnífico el embalse, semejando bello lago suizo, y coronando un monte, por encima de la casa de la Administración, se vé el cobertizo dispuesto para el almuerzo. El lugar está admirablemente escogido. Desde él parece como si se viajara en la popa de un gran trasatlántico. El agua rodea el monte. Los toldos, que esta vez, por desgracia, sirvieron para reservar de la lluvia y no del sol, y la forma curva donde se ha colocado la mesa presidencial, completan la ilusión.

Unos gritos de entusiasmo que salen de labios campesinos y unos cohetes anuncian la llegada del Rey. Por un recodo del lago, ondeando el estandarte real, aparece rauda la gasolinera que conduce al Monarca.

Cuando desembarca, llueve torrencialmente. Don Alfonso no se preocupa, avanza mojándose y oyendo las explicaciones que le dá el ingeniero creador de la obra señor Benjumea, el cual le ofrece su paraguas al soberano, y este, aceptándolo, lo abre, coloca a su derecha al ingeniero, le toma por el brazo, y siguen la marcha, atento el rey a cuanto le indica el señor Benjumea.

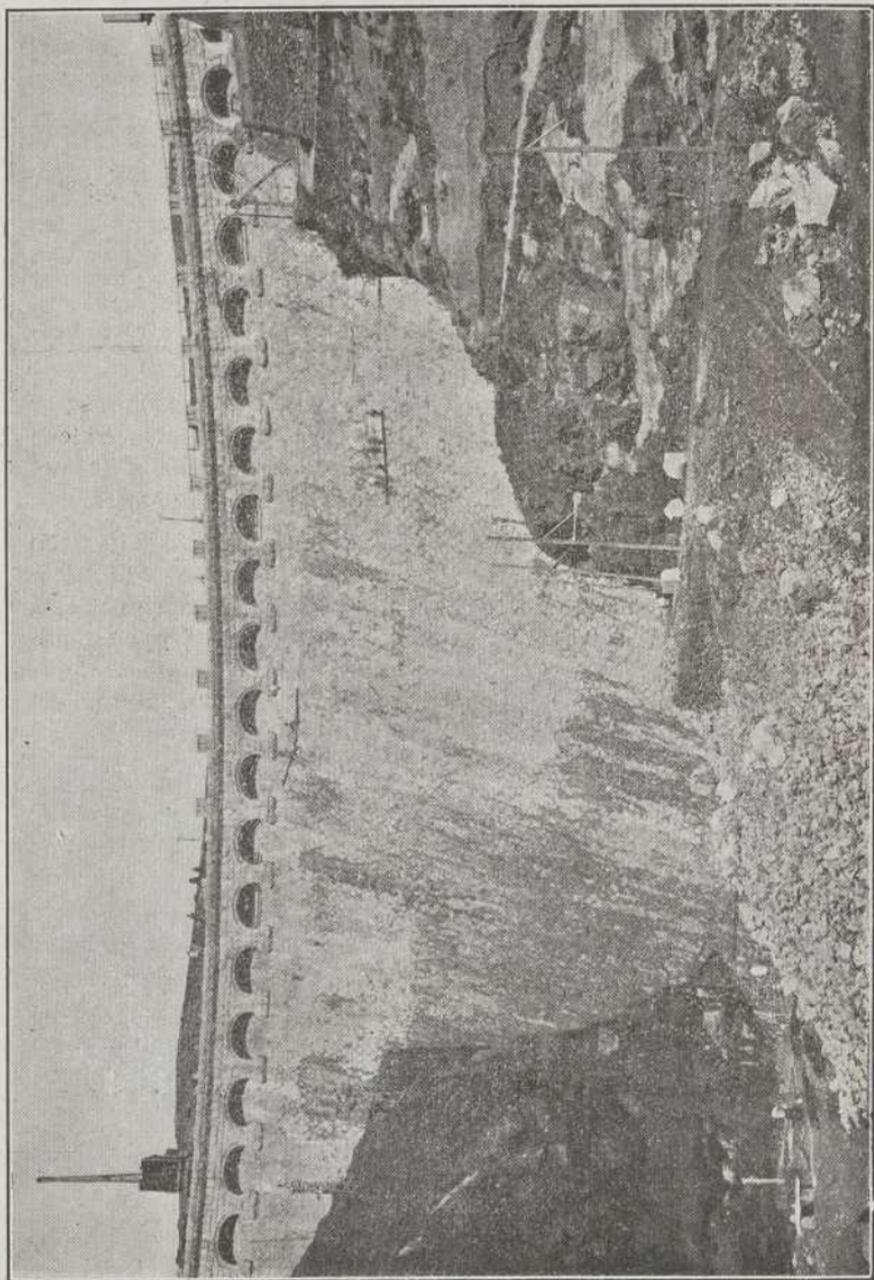
Un campesino grita:

—¡Viva Don Alfonso XIII!

El monarca rectifica risueño:—XIII.

Otro, en el colmo del *bien hablar*, exclama:

—¡Viva Don Rafael Benjumea!



Presa del Pantano del Chorro.

El rey y el ingeniero sonrien, y juntos entran en la casa de la Administración.

En ella, el gran ingeniero describe al monarca, mostrándole los planos, la obra maravillosa que contempla.



En el embalse del Gaitanejo.—S. M. a bordo de la gasolinera.

EL PANTANO

Lo menos técnicamente posible para que pueda ser comprendido por todos los lectores, vamos a dar cuenta de la importancia del Pantano, de su construcción, y de los detalles que consideramos de mayor interés.

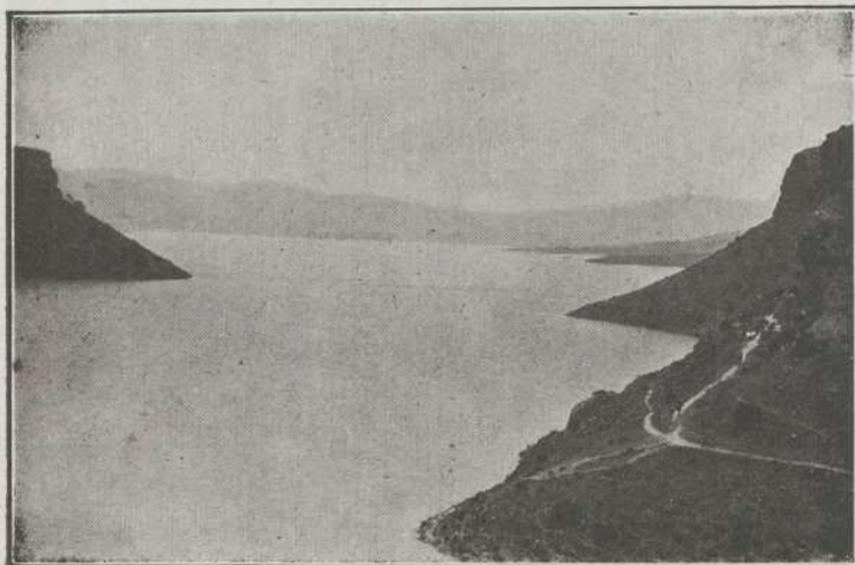
Forma el Pantano el embalse de las aguas del Río Turón, en su día complementadas por las del Guadalteba, para cuyo efecto la Presa está colocada trescientos metros aguas arriba de la confluencia de aquel con el Guadalhorce.

La longitud del Pantano es de nueve kilómetros y medio y su ancho llega a alcanzar en algunos puntos, tres kilómetros y medio. Si estas dimensiones parecen fantásticas, más cosa de ensueño parecerá

cuando digamos que ocupa el embalse una extensión superficial de 465 hectáreas y puede embalsar la enorme suma de cien millones de metros cúbicos de agua.

La cuenca de alimentación del Pantano, que es la del Río Turón, alcanza una superficie de 275 kilómetros cuadrados y la del Guadalteba, que es la auxiliar, la de 452.

Las lluvias medias en la región son de quinientos milímetros y el coeficiente de aprovechamiento de setenta por ciento. No hay, pues, peligro de que los ríos dejen de llevar al Pantano el agua precisa para favorecer a la región.



Una vista del Pantano del Chorro.

Terminamos la parte relativa al embalse, citando la altura que alcanzan las aguas depositadas en el Pantano que llegan a su máximo, y que es la de trescientos cincuenta metros sobre el nivel del mar.

La Presa, o barrera, que cierra el embalse cortando el Río Turón, mide desde el cimientto a su coronación 72 metros; y 50, desde el lecho del río.

Su longitud en la coronación es de 178 metros, y su espesor en la base de 58.

La obra ejecutada hasta ahora, de mampostería ciclópea, hormigonada, cubica 138 000 metros.

Hemos terminado de presentar las características del Pantano, y pasemos ahora a ocuparnos de los Canales, cuya obra inauguró el rey.

Estos, que arrancan desde El Chorro y llegan a la cota 180, en la margen derecha, tendrán cien kilómetros de largo, comprendiendo en su primera parte obras de consideración, tales como un túnel de cinco kilómetros en el Arroyo del Sabinal, y otras que sorprenden al visitante.

El canal de la margen derecha terminará en Torremolinos, y el de la margen izquierda en el Río de Campanillas por ser regada la vega entre este Río y Málaga, por el Pantano de Casasola, hoy en proyecto.

Aplicación de los Canales.

Las aguas embalsadas, retenidas agua arriba de los Gaitanes o gran pórtico de la Hoya de Málaga, que la forma el valle inferior del Guadalhorce, limitada por las Sierras de Aguas, Caparain, Yunquera, Prieta, Alpujante y Mijas en la margen derecha y la Axarquía o Montes de Málaga en la izquierda, dominan toda la vega o zona regable que, entre la cota 180 y el nivel del mar, presenta una superficie de veintiocho mil hectáreas de terreno, de las que han de recibir los beneficios del riego, veinte mil.

El sistema de distribución de las aguas en aprovechamiento de conjunto de las energías que pueden desarrollar y su empleo en riego, permite atender a la necesidad de todos los puntos de la región y a las exigencias industriales y desarrollo de sus aplicaciones.

Existirá, pues, un aprovechamiento completo de las energías y un riego bien dotado de veinte mil hectáreas.



El insigne ingeniero Don Rafael Benjumea, autor del proyecto y constructor del Pantano del Chorro.

La Ejecución de las Obras.

Es curioso el detalle de la ejecución de estas obras importantísimas.

Fueron inauguradas por el Ministro de Fomento Sr. Ugarte el 31 de Diciembre de 1914, realizándose el primer embalse de cinco millones de metros cúbicos en el verano de 1918.

Al año siguiente, en 1919, se hizo el segundo embalse de veinticinco millones de metros cúbicos; y el tercero, de cuarenta y dos millones, en 1920.

Por cierto que con los primeros embalses ocurrió cosa curiosísima entre los labradores de parte de la zona regable.

Y fué, que, cuando se dejaba salir el agua, para realizar obras en la parte baja de la presa, aquellos labradores que veían agua en pleno estío y que ignoraban su procedencia, comentaban las crecidas del río y de los arroyos, atribuyéndolas a abundancia de lluvias durante el invierno, algunas veces, y otras, a que «había llovido por allá arriba». No se daban cuenta que procedían del Pantano.

En la actualidad, hallándose la Presa terminada, alcanza el volumen embalsado a setenta y seis millones de metros cúbicos.

Importancia para la región.

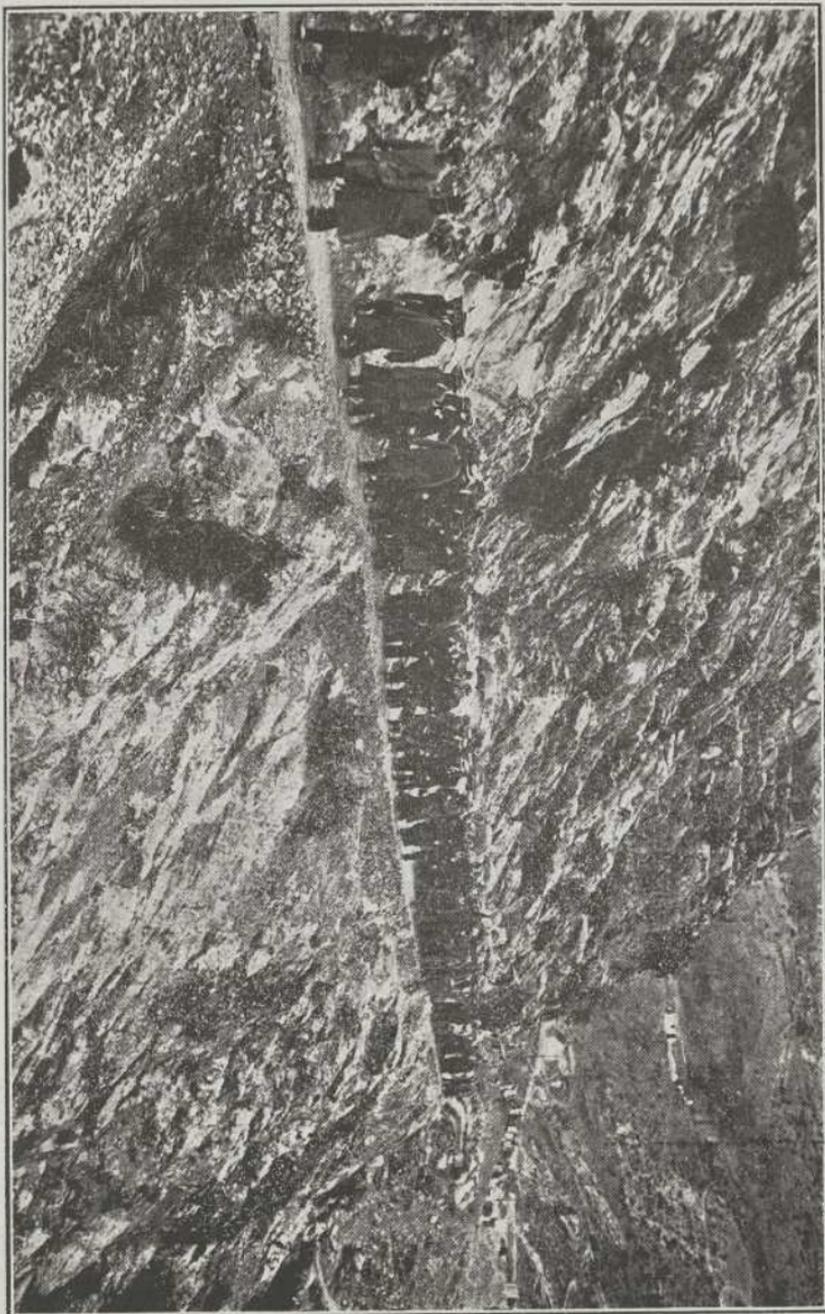
Está fuera de toda duda, la importancia que para la región representa la construcción del Pantano de El Chorro.

La vida agrícola, que se desarrolla efímera y precaria, la pobreza industrial que nos invade y apenas, habrán desaparecido para siempre.

Al Pantano encomendó el Sr. Benjumea la misión de reparar tanta miseria, y sus aguas, al extenderse por la zona inmensa que serpentean los canales, convertirán el suelo de esta región privilegiada de clima y de belleza, protegida por la Naturaleza como pocas, en una zona de cultivo intenso y variadísimo, que le prestarán actividad desconocida.

La industria pobre de que hablábamos, se trocará en otra floreciente y amplia, que traerá como consecuencias lógicas de ella derivadas el desarrollo natural complementario de tráfico y comercio y lo que vale más que esto y que cuantas ventajas hemos señalado: la creación de una nueva vida que ofrezca risueño porvenir y tranquila vejez al labrador, y un aumento de proporción considerable de la población rural y de la actividad regional.

Muy pronto, dejará de preocuparse el labriego de las nubes y de la lluvia. Al retirarse a su descanso, lo hará tranquilo, seguro de que a la semilla que tiró a la tierra o al fruto que cuaja en sus árboles, no ha de faltarles la savia que le fuerce al desarrollo y a espléndida madurez. Los temores de que prolongada sequía le lleven a la ruina, ya no serán



La comitiva recorriendo las obras del Pantano.

el *compañero inseparable* que en sus dudas, sobre si el año *será bueno o malo*, no le abandone jamás.

Las aguas del Pantano fertilizarán los campos de los términos municipales de Pizarra, Alora, Cártama, Casarabonela, Coín, Alhaurín, Churriana, Torremolinos, Campanillas y el resto de la vega de Málaga, donde hoy, como decimos, la producción se desarrolla pobre y escasísima, pues no es cosa fácil, y menos en la actualidad, con la carestía de jornales, que abunden los hombres decididos que se atrevan a confiar a las clemencias del cielo, el producto de sus ahorros y de sus afanes.



Pantano del Chorro.—Una vista del embalse.

Utilidad de la obra.

Ya hemos hablado un poco de la utilidad de esta obra importantísima; pero, aun nos queda citar algunas cifras que lo demuestren.

Para juzgar de aquella, baste saber que se compensará con creces enormes el coste de la obra con sus utilidades.

Las obras del Pantano y sus canales importarán en conjunto veintidos millones de pesetas.

Dada la escrupulosidad de la Administración a menos hubiera al-

canzado el presupuesto, pues hay que tener en cuenta que se comenzó pagando el cemento, por ejemplo, a setenta pesetas y se paga en la actualidad a doscientas o mas.

Además del aumento de los jornales que en estos años se ha registrado y la disminución de la jornada, el Sr. Benjumea ha realizado, también, una obra de carácter social importantísima, creando una Cantina, en la que los seiscientos operarios del Pantano, encuentran todos los artículos de primera necesidad: pan, aceite, azúcar, calzado, etc., a los precios inverosímiles a que se adquirían el año 14. El déficit crecido que se registra en la Cantina, se abona por la Administración.

Del coste total de la obra abona la mitad el Estado, pagándose el resto o sean once millones, con los productos o utilidades que pueden distribuirse en dos clases: directas e indirectas.

Entre los primeros figuran el enorme aumento de producción que ha de registrarse al convertir 16.000 hectáreas de secano en regadío, cuyos beneficios pueden evaluarse, sin temor a equivocaciones, en ocho millones de pesetas al año, y tal vez sea poco, porque en la Cámara Agrícola debe figurar una comunicación de los labradores de Pizarra y Alora, en la que se hace constar que el primer año de embalse salvaron las aguas del Pantano una cosecha de maíz de cuatro a cinco millones de pesetas

También hay que citar entre estos recursos directos, el aumento de energía disponible para las aplicaciones agrícolas y aprovechamientos industriales, cuyo producto puede calcularse, mas bien en menos que en mas, en dos millones de pesetas anuales.

Hablando de futuros proyectos, cabría decir que, con el aprovechamiento industrial, podría llegarse a la electrificación de la línea de Málaga a Bobadilla, resolviéndose en gran parte el problema de los transportes.

Mucho espacio necesitaríamos para estudiar las utilidades indirectas que ha de proporcionarnos la obra nueva visitada por el Monarca.

Señalemos, como primera ventaja, el aumento indiscutible de la población agrícola en mas de cien mil almas y apuntemos, luego, el impulso y desarrollo de la industria, cuyos beneficios llegarán a límite inconcebible.

El comercio extenderá sus negocios, el tráfico aumentará considerablemente, nuestro Puerto podrá convertirse en el primer puerto frutero del mundo, porque nuestras tierras que agradecen una gota de agua y la labor con que se le favorece, producirán cuando el riego benéfico las fecunde bien, más que ninguna otra y se multiplicará la riqueza, porque la vida y el trabajo que lo crean no han de faltar ya nunca.

De los beneficios del Pantano, en baja de precios de subsistencias, alumbrados y otros lograrán gran parte los pobres, que a todos alcanzan por igual las creaciones del genio.

Esta es la obra de colosos que creó el Sr. Benjumea, cuyo nombre insigne pasará a la posteridad cubierto de gloria y de bendiciones.

El almuerzo.

Cuando el Monarca hubo conocido con todo detalle la obra realizada y la de los canales, que aun faltan por construir, y fueron llegando los invitados que embarcaron en la cola del Pantano y habían sufrido retraso a causa de la lluvia y del número crecidísimo de personas que penetraron en las barcazas, remolcadas por gasolineras, se dispuso el almuerzo, servido por la casa Tournié de Madrid, que fué espléndido.

Tomó asiento en la mesa presidencial el Rey. A su derecha, sentáronse el Ministro de Fomento Sr. Lacierva, marqués de Viana, Gobernador civil Sr. Salas, marqués de Villaviciosa, Ortuño (D. Emilio),



S. M. y el ingeniero director Sr. Benjumea, subiendo al cobertizo donde se celebró el almuerzo.



La presidencia del banquete.

el Alcalde de Málaga Sr. García Almendro, marqués de Torrenueva de Foronda, conde de los Gaitanes, marqués de Sotomayor, conde de Mieres del Camino, Gelabert (D. Rodolfo), Díaz Petersen (D. Ramón), Luna Pérez, y Nieulant (D. Carlos); y a su izquierda, el Obispo de Málaga, el marqués de Larios, el ayudante del Rey Sr. Rodríguez Mourelo, el conde de Peña Ramiro, el Gobernador militar Sr. Perales, D. Jorge Silvela, D. Carlos Castel, D. José Rodríguez Spiteri, D. Luis de Armiñán, D. José Nagel Disdier, el Presidente de la Diputación, el Comandante de Marina marqués de Novaliches, el marqués de Aldama y el diputado a Cortes D. Alfonso Molina Padilla.

En otras mesas, hasta el número de nueve, tomaron puesto mas de doscientos comensales, personalidades representativas de cuanto brilla en la ciudad, autoridades de toda índole y periodistas literarios y gráficos de revistas y diarios de Málaga y Madrid.

Sentóse el monarca, cesaron los acordes de la Marcha Real, y como el viento arreciaba, Don Alfonso ordenó a los invitados que se cubrieran, comenzando a servirse el almuerzo, compuesto de: Potage Crème St. Germain. — Timbales d'œufs brouilles aux truffes. — Laugouste Sauce Mayonnaise. — Noix de Veau à la Moderne. — Chapons rôtis. — Salade Mimosa. — Bombe glacée Puerto Rico — Gateau Punch Orange. — Chester-Cake. — Friandises. — Fruits.

Un rasgo del monarca.

Los sentimientos democráticos del augusto Don Alfonso, puestos mil veces de manifiesto durante este viaje, tuvieron su iniciación en el almuerzo que acabamos de reseñar.

Llovía torrencialmente. A la espalda del sillón que ocupaba el rey y para preservarle de la lluvia, habiáanse colocado unas cortinas; tras ellas, dos guardias civiles, prestaban servicio de vigilancia, indiferentes al agua que les calaba los capotes y el uniforme, porque cumplían con su deber.

Don Alfonso dióse cuenta del remojón y abandonando su sitial, salió al borde de la montaña, llamó a los guardias y les obligó a guardarse de la lluvia bajo el toldo que cubría el comedor.

Los discursos.

El ex-subsecretario de instrucción pública Don Jorge Silvela, fué el designado—un verdadero acierto—para ofrecer el banquete.

Comienza, elocuente, dirigiendo elevado saludo al monarca, extensivo al ministro de Fomento, y a las ilustres personalidades que ocupan la presidencia.

Coincidiendo, Señor,—dice—, con la página más sangrienta que registra la Historia del mundo, se iniciaron los trabajos del Pantano del Chorro.

Mientras Europa se desangraba, librándose batallas cruentas, aquí, en este pedazo de terreno se trabajaba, hasta convertir un arroyuelo en un pantano de incomparable grandeza.

Siendo ministro de Fomento el Sr. Ugarte, se celebró la inauguración de ésta obra y, desde entonces, se ha trabajado con increíble actividad, pugnando con las múltiples dificultades que ocasionaba el estado anormal de Europa.

Hoy, después de seis años de trabajos, tenemos el orgullo de ver a Vuestra Majestad honrándonos con la colocación de la última piedra.

Todos los que formamos parte del Sindicato Agrícola del Guadalhorce, somos españoles, Señor, y anhelamos para la felicidad de España que en todas las provincias se realicen obras de esta naturaleza. Porque en esa muralla está el secreto de nuestra independencia económica.

Esos ochenta millones de metros cúbicos de agua que posee el Pantano, se verían mezclados con las aguas del Mediterráneo, a no ser por esta muralla. Los españoles todos deseamos vivamente

ver rodeada de murallas a nuestra querida España, cuyo engrandecimiento sería un hecho.

Otros grandes ejemplos de enseñanza nos daría el estudio de ésta obra.

Para su realización ha precisado el apoyo de la Agricultura, la Industria y el Comercio. Estos tres intereses, que suelen ser antagónicos, aquí no lo han sido.

La Agricultura necesitaba subvencionar la obra; pero, como la carga era pesada, acudió a la Industria, y ésta hizo uso de las conducciones de agua, haciéndolas pasar por sus máquinas.

Quedaban defendidos los intereses de la Industria; porque ésta veía seguridad en el funcionamiento de sus máquinas, y los de los Agricultores, porque veían defendidos sus terrenos.

Pero no basta, Señor, con lo hecho. Se han embalsado millones de metros cúbicos de agua y ya se sienten sus beneficios. Ahora, V. M. se dignará poner la primera piedra a los canales de riego, obra que muy pronto será una realidad, si el Estado nos presta la ayuda que necesitamos.



S. M. el Rey y el Señor ministro de Fomento saliendo del pabellón donde se celebró el banquete.

Dirigiéndose al Sr. Lacierva le encarece que dedique a Málaga el celo y actividad de que siempre dió pruebas.

No quiero terminar, Señor, sin cumplir lo que considero un deber. Esta obra es orgullo de la ingeniería de España, esa ingeniería a la que tantas veces honra V. M.

Pues bien, a ese cuerpo pertenece un hombre ilustre, de gran talento, don Rafael Benjumea, que se ha dedicado a convertir riscos en fuentes de enorme riqueza.

Si no temiese herir su modestia, yo os hablaría de don Rafael Benjumea; pero, no lo hago porque su mejor elogio es su obra, cuya terminación hoy celebramos.

No es, únicamente, sin embargo, al Señor Benjumea, al que debe Málaga gratitud inmensa, sino a todo el dignísimo cuerpo de ingenieros del Sur de España.

Con éste, bien puede afirmarse que Málaga irá siempre a la cabeza de todas las provincias españolas.

Y doy por cumplido el encargo que me encomendó el Sindicato Agrícola del Guadalhorce, con un sentimiento de amor y respeto a V. M., que ha hermanado lo noble y digno que tiene la realeza, con todo lo sublime de la Patria. (Grandes aplausos).

Por eso, ahora, al dirigirme a V. M., me dirijo al Rey y a la Patria.

Luis XIV solía decir que el Estado era él; y nosotros, al hablar de V. M., decimos que el Rey es España. (Muy bien. Grandes aplausos).

Nosotros, cuando decimos ¡viva el Rey! es como si dijéramos: ¡viva España! y cuando nos descubrimos ante V. M., es como cuando nos descubrimos ante nuestra bandera. Señores, ¡viva el Rey!

La ovación con que fueron acogidas estas frases del señor Silvela, fué delirante. El orador estuvo más que elocuente, inspiradísimo.

Un breve intervalo, y otra gran ovación, que acoge al señor Lacierva, cuando este se levanta a hablar.

— Señores: en realidad, yo no tengo nada que decir después de las palabras que hemos oído, porque ellas han interpretado fielmente lo que es este acto y los sentimientos de los que aquí nos congregamos.

Pero, sin embargo, considero un deber decir que estoy en un todo conforme con las manifestaciones que ha hecho el señor Silvela.

Es este acto tan honroso, tan simpático, tan patriótico, que con la venia del Rey y en nombre del Gobierno, algo he de decir.

Califica el ministro de Fomento de gran fiesta del trabajo la que se celebra, diciendo que siempre se ha de recordar gratamente la terminación de una obra que ha de repercutir de una manera grande en la riqueza nacional.

La asistencia de S. M. el Rey dá buena prueba de su importancia.

Agrega que España necesita que se labore por su grandeza, señalando la obra cuya terminación se celebra, como ejemplo a seguir por las demás provincias españolas, que conseguirán con ello fuentes de riqueza para la Patria.

Es preciso predicar la necesidad de que se puedan dar un día a España los elementos indispensables para aprovechar los otros elementos que la Naturaleza nos concedió.

No puede aplazarse para un mañana, lo que es una realidad del presente.

El señor Silvela ha recordado que esta obra se emprendió, precisamente cuando empezó una tragedia que había de perturbar hondamente el mundo y había de traer graves consecuencias para la vida económica y social de los pueblos.

Durante la lucha, nosotros estuvimos alejados de esos estragos y ello se debe a nuestro Rey, que tuvo una exacta visión de la realidad.

El Monarca se consagró a aminorar los dolores de los beligerantes, respondiendo así a la nobleza de sus sentimientos.

S. M. comprendió que España debía aprovechar esos momentos para asegurar su porvenir.

Ministro soy de S. M. Podrían sonar mis palabras a adulación, de la que nunca fuí capaz. En el reinado de Alfonso XIII ha habido una transformación en la vida nacional española, y a pesar de ello, hablad vosotros, ingenieros, capitalistas, obreros, de todo lo que queráis a S. M. y veréis como de todo está enterado.

Eso demuestra su gran interés porque la vida española se transforme, en beneficio de la Patria.

El ejemplo que se ha dado aquí, compaginando el capital español con la inteligencia técnica y asociando a la Agricultura, es digno de imitarse.

Dirige una cariñosa felicitación a todos cuantos han intervenido en la realización de esta obra.

El Gobierno, afirma, sabrá cumplir con su deber y coadyuvar al complemento de la obra realizada, en la forma que ha solicitado el señor Silvela. Encauzando nuestros ríos, reteniendo las aguas que van al mar, obtendremos beneficios para nuestro país.

Los que somos de tierras de regadío y sabemos el valor del agua, nos damos cuenta de la importancia que tiene contener la que se dirige al mar y mata una riqueza que a su paso encuentra.

Esta obra, repito, sintetiza lo que hay que hacer en España. Los españoles somos capaces de hacer un esfuerzo extraordinario.

Nosotros románticos, nerviosos, en un momento nos proponemos realizar una obra por grande que sea; pero, después nos falta la perseverancia, y por eso hay algunas obras que proceden de más de un siglo y no han tenido utilidad.

Mientras seamos así, no lograremos convertir los terrenos en regadío.

Recoge las manifestaciones que ha hecho el señor Silvela sobre transformación de cultivos, mediante otra transformación que permita iniciativas relacionadas con la tierra.

Encarece, también, la importancia de las obras que se realizan en el Alto Aragón.

Habla de la necesidad de emprender urgentemente una obra que repercuta en el porvenir de España, olvidando pasiones y luchas políticas.

Es preciso que sucesivas generaciones vean las huellas que hemos dejado, volviendo a conseguir para España el poderío que siempre tuvo.

Refiérese el señor Cierva a los deseos de España de expansionarse por el mundo y llevar su civilización más allá de los mares, y afirma que con esos esfuerzos se consumió parte de su poderío.

Afirma que esos esfuerzos, esos trabajos, dedicados a España la hubiesen engrandecido.

Agrega que lo que se ha buscado allende los mares lo teníamos aquí y reconociéndolo así, sin duda, va a conseguirse, al fin, imitando lo hecho por otras naciones, que nuestra grandeza sea recuperada y sólidamente se asiente sobre el producto de nuestro trabajo.

El ejemplo que nos habéis dado, es una buena prueba de como se modifican nuestras costumbres.

Antes, todo se esperaba del Poder Público y todo se confiaba a la ayuda del Gobierno. Por eso, precisamente, llevamos un siglo de atraso. Hace setenta años que tenemos ferrocarriles en España y hasta ahora no hemos construido locomotoras.

Durante ese lapso de tiempo hemos sido tributarios de la industria extranjera, no obstante tener en España ingenieros ilustres, obreros inteligentes, capaces de realizar lo que cualquier otro haga.

Todos los años cruzan el mar cincuenta mil obreros españoles, que son en el extranjero los más solicitados.

Afirma que tenemos en España una riqueza nacional, como pocos pueblos la poseen.



PANTANO DEL CHORRO.—Colocación de la última piedra

Atesoramos elementos—añade—para ser un gran pueblo. Para ello sólo tenemos que defender lo que Dios nos concedió. (Grandes aplausos).

Si no lo conseguimos, es porque tenemos un vicio colectivo; pues la ocasión, los medios y el Poder, quieren ver a España grande.

Antes—agrega—tiene que serlo económicamente, culturalmente y entonces será también cuando políticamente tendrá España independencia.

En esas fuerzas encontraremos energías para defender nuestros derechos y nuestro solar.

España tiene la misma población que Italia, no obstante ser el territorio de esta, la mitad del nuestro. Eso prueba que no hemos sabido desenvolvemos.

Es preciso—añade—que escribamos en la Historia la página gloriosa de un Rey que nació siendo Rey y consiguió el progreso de España y obtuvo su base más sólida.

Ocúpase el señor Cierva, de la necesidad de conseguir que se viva en una paz social, para el engrandecimiento de España. Afirma que España vive en un gran atraso, con relación a otros pueblos.

España—agrega—tiene igual territorio que Francia y mientras ella posee de 50 a 60.000 kilómetros de vía férrea, nosotros sólo tenemos 15.000 kilómetros.

Francia no tiene tampoco la posibilidad de obtener la fuerza hidráulica que nos dan los canales de nuestros ríos, que tanto rendimiento pueden producir a nuestra Agricultura.

Es preciso realizar todas las obras necesarias para ponernos al nivel de otros pueblos. Hay que ocupar nuestro puesto y defender nuestros intereses en la lucha del trabajo.

Fijaos como todos los pueblos, amigos en la paz, se aprestan en aquella a tomar sus mayores ventajas. Todos cierran sus fronteras por medidas arancelarias, para defender su producción.

En un párrafo muy elocuente entona un himno al factor trabajo, el más importante para conseguir el engrandecimiento de los pueblos.

Hay que hacer un esfuerzo—agrega—para llevar a todos al convencimiento de que con el trabajo se obtiene lo que no puede lograrse de otro modo.

Volved la vista atrás—termina diciendo—y veréis como puede recuperarse el tiempo perdido. ¡Viva el Rey! ¡Viva España!

Contestan los comensales con entusiasmo los vítores. Aplauden al señor Lacierva y despiden al rey con una frenética ovación.

La última piedra del Pantano.

Bajo lluvia torrencial, que deslució la hermosa expedición, ocupó de nuevo el rey una gasolinera, dirigiéndose a colocar la última piedra en las obras del Pantano.

En el lugar donde habían de darse por concluidas las obras del embalse se levantaba un artístico altar con crucifijo. Un poco separado de él, y labrada en piedra de la que se empleó para el Pantano, veíase un sillón real y una mesa sobre la que se hallaba el acta en pergamino que había de firmar Don Alfonso.

Bendijo la piedra el obispo, auxiliado por los canónigos D. Manuel Rodríguez y don Fernando Díaz de Gelo, echando las últimas palustradas de mezcla el monarca una, y otra el señor Benjumea; y cayó lenta la gran piedra labrada, quedando un momento suspensos por la emoción los que presenciaron, calados hasta los huesos, la ceremonia más que solemne, conmovedora.

Bombas, cohetes y vítores de los obreros del Pantano y de los campesinos, atronaron los aires cortados por las columnas de agua que levantaban las bombas al estallar.

El acta firmada por Don Alfonso, dice así:

«Reinando la Católica Majestad de Alfonso XIII, el día 21 de Mayo de 1921, se terminaron las obras del pantano del Chorro, cuya última piedra fué colocada por la augusta mano del Monarca español, por cuya importante vida hicieron votos todos los que se honran estampando su firma a continuación de la de S. M.»

Unas fotografías.

Quiso Don Alfonso, guardar un recuerdo del acto, rodeado de los periodistas que asistieron a la excursión, y llamando a los fotógrafos, vió cumplidos a satisfacción sus deseos.

El paso de los Gaitanes.

Terminado el acto, el rey se dirigió por el sitio llamado el «Balconcillo de los Gaitanes», al chalet del señor Benjumea.

Don Alfonso se detuvo numerosas veces en el fantástico Balconcillo, para admirar la maravillosa obra que en aquel punto alcanza a la sublimidad.



Visia panorámica del Chorro

A la mitad del originalísimo paseo se había colocado, a inconcebible altura, una gran guirnalda sostenida por cuatro águilas disecadas, con un letrero que decía: «Al Rey».

En uno de los picos de la montaña montaban la guardia dos civiles, a quienes se divisaban pequeñísimos, por la enormidad de la altura.

D. Alfonso exteriorizaba su entusiasmo, y dijo a los fotógrafos que le seguían:—Hacedme una fotografía de este sitio.

El Chalet de Benjumea.

Poco después de las cuatro de la tarde, llegaron el monarca y su acompañamiento al magnífico chalet que don Rafael Benjumea posee en el Chorro,

En éste se sirvió el té al Rey y a todos los invitados.

Los Canales de Riego.

Después del té, D. Alfonso marchó a colocar la primera piedra para la obra de los canales de riego del valle inferior del río Guadalhorce.

En el sitio elegido se había colocado una mesa para firmar y un sillón regio, confeccionados con cañas dulces. El acta firmada por el Rey estaba redactada en iguales términos que la de la piedra del Pantano del Chorro.

D. Alfonso solicitó del señor Benjumea que le explicara su proyecto respecto a dichos canales.

El señor Benjumea atendió al deseo del Monarca, que le escuchaba encantado.

—¿Cuanto calculas que tardarán en terminar las obras?

—De tres a cuatro años, Señor.

—Pues, cuenta que vendré a colocar la última piedra.

Después, el Rey estuvo recorriendo la fábrica hidroeléctrica del Chorro, que suministra fluido a los tranvías de Málaga.

Hacia Pizarra.

Aclamado por el pueblo, salió el soberano en auto desde el chalet de D. Rafael Benjumea a la estación del Chorro, donde ya estaba for-

mado el tren real, que abandonaba la estación a las siete de la tarde, desapareciendo rápido por un túnel, y acompañado de vítores y aplausos.

A pasar el tren por Alora sorprendieron al monarca la belleza de los naranjales, la fertilidad de sus tierras y el espíritu monárquico del pueblo, que, en masa, sin temer a la distancia, ni a la lluvia, había bajado para aclamarlo.

Cortos instantes se detuvo el convoy, continuando su marcha para Pizarra.

Cerca de la estación, sorprendiéonos el sugestivo panorama del pueblo, todo enjalbegado que parece una gran sábana de albura immaculada, a la que ofrecen marco riente de verdor y lozanía las alegres huertas que en este mes de Mayo, más que huertas son bellos jardines.

Sobre todas las casas y sobre el pueblo entero, muestra su grandeza, una imagen del Corazón de Jesús, entronizado por el fervor religioso de los condes, en la sierra de Gibralmore, y se divisa el palacio mudejar, rodeado de pensiles y enclavado en el lugar más pintoresco de este pueblo, que ya puede ofrecer en su historia la distinción de una visita regia.

En Pizarra.

La estación es pequeña para contener a los que acudieron a conocer y vitorear al rey. Cuando apareció el tren, estalló una ovación y mucho rato duraron las aclamaciones, siguiendo al monarca en todo el trayecto que llega hasta el Palacio, adornado de trecho en trecho, con arcos de triunfo.

La fachada de esta mansión de los condes de Puerto Hermoso, sorprende por su bello exorno. Flores en la fachada y luces en el jardín, ofrecen fantástico conjunto. El balcón central sonríe con toda la alegría de un típico balcón sevillano.

En la luz crepuscular, recórtase en el horizonte el hermoso edificio de estilo mudejar, digno albergue de un soberano.

La hermosa construcción consta de plantas baja y principal. En el ala izquierda habilitase una amplia cámara para dormitorio del soberano.

Las paredes muestran tapices de mérito y unas bellas pinturas.

Otras piezas contiguas, tocador, despacho y cuarto de baño, completan el hospedaje real.



El Balcón de los Gaitanes

Al despacho, tapizado y amueblado al estilo del siglo XVI, tienen acceso las habitaciones destinadas al marqués de Viana y al ayudante de S. M. señor Rodríguez Mourelo.

En planta alta y a la derecha están dispuestos los alojamientos para el ministro de Fomento, señor Lacierva, el diputado por Torrox, señor Pérez Urruti, el ingeniero jefe de la Sección hidráulica del Ministerio, un taquígrafo, y un oficial de Mayordomía.

Albergado S. M., sirvióse una comida íntima a la que asistieron además del Rey y los personajes de su corte, los dueños de la casa y hasta una docena de amigos de significada prosapia. Terminado el banquete, retiróse el señor Lacierva.

Al monarca—su resistencia física es prodigiosa—hubieron de llamarle la atención a la una y media de la madrugada, advirtiéndole que había que madrugar, porque hablaba sin tregua y su animadísima charla, tenía encantados a los que le escuchaban.

Los invitados que no tenían alojamientos dispuestos en el Palacio, regresaron a esa hora a la capital.

*
**

La mañana del día 22, fué de júbilo en Pizarra. No había amanecido y ya el bullicio la invadía. Dos horas antes de la salida del monarca para la capital, en los alrededores del Palacio hallábase congregada gran muchedumbre. El respetuoso silencio de aquellos modestos pueblerinos, para no restar minuto de descanso al monarca, era una nota muy simpática.

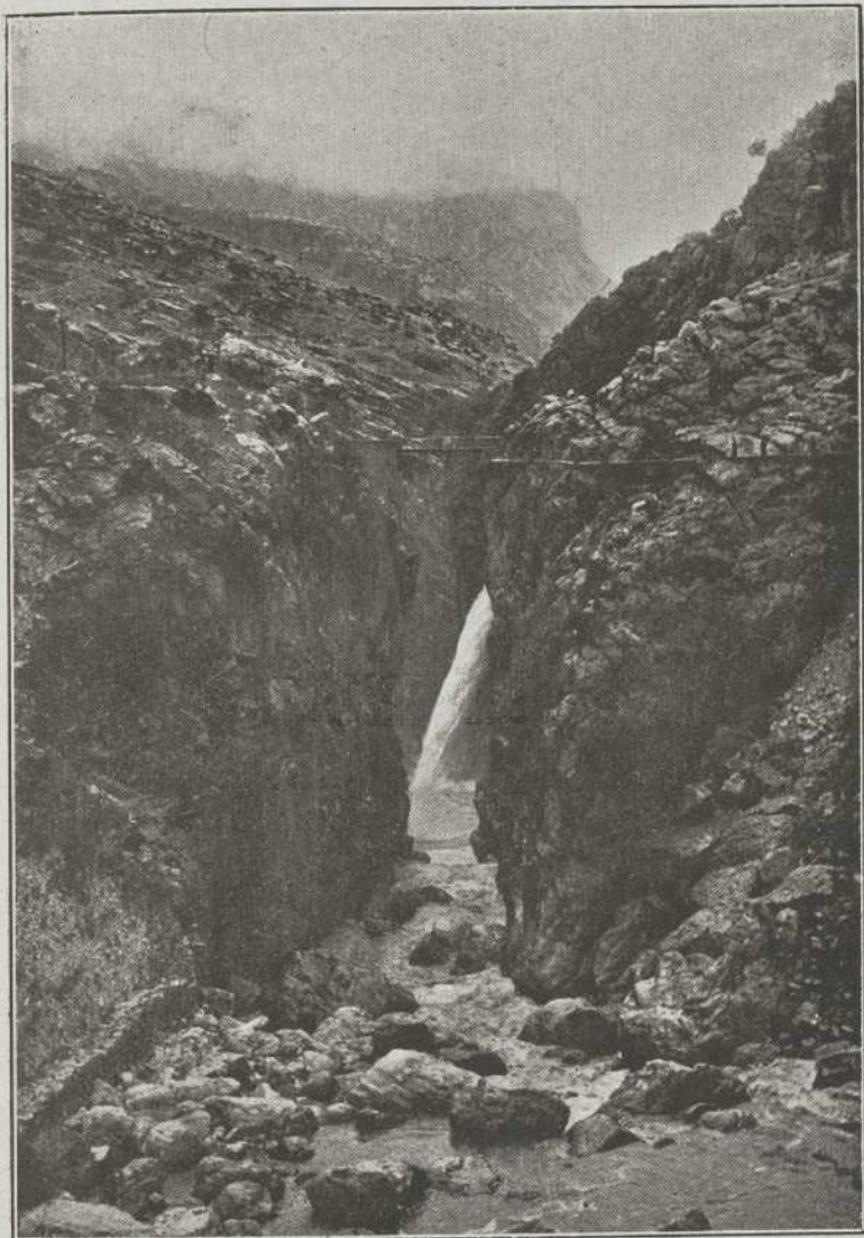
Cuando el rey, antes de terminar su *toilette*, recorrió los visillos de la cristalera de su dormitorio, el silencio trocóse en imponentes manifestaciones de entusiasmo. El rey rió jovial. El pueblo, discreto, había contenido su exaltación, hasta tener la certeza de que el joven monarca había dejado el lecho.

Hacia la capital.

A las nueve de la mañana, abandonó el soberano el Palacio de los Condes de Puerto Hermoso, dirigiéndose en auto a la estación, rodeado por el pueblo, que lo aclamaba, en locas manifestaciones de entusiasmo. Los obreros eran los que más destacaban su decisión llegando a atropellar a las autoridades, rodeando el auto que lo conducía.

Un pequeñuelo subió al estribo, y cuando se disponían a decirle que se retirase, preguntóle el rey.

—¿Tú, donde vas?



Otra vista del Balcón construido en los Gaitanes

—¿Yo? Con el rey hasta que se vaya,—dijo el chico, con desparpajo, y concluyó:

—¡Viva el rey!

Don Alfonso le acarició la cabecita, diciendo a los que trataban de obligarle a que se apeara:

—Dejarlo hasta la estación.

Y creció el entusiasmo y se oyeron vítores al rey demócrata.

En la estación hizo Don Alfonso elogio del pueblo, y recogió de unos niños un pergamino solicitando la creación de un Grupo Escolar. También solicitaron, del ministro, las instalaciones de centrales telegráficas y telefónicas.

A los acordes de la Marcha Real y aclamado, otra vez, abandonaron el rey y su séquito el pueblo pintoresco de Pizarra.

Preparando el recibimiento

El alcalde, don Francisco García Almendro, los marqueses de Larios y todos los señores, designados para integrar la comisión organizadora de los actos en homenaje al soberano multiplicaban sus esfuerzos, para que el éxito brillante coronara la empresa.

En el Ayuntamiento activábanse los preparativos y adornos para la recepción y para el banquete de gala, solemnidad inesperada, que había de celebrarse en el magnífico salón de fiestas de nuestro Palacio Municipal.

El laureado artista, don Rafael Murillo Carreras, encargado del adorno, puso todo su arte y entusiasmo, en que resultase espléndido. El jardinero mayor del Parque don Juan Cortés, le ayudaba con su pericia y su buen gusto, y todo quedó terminado horas antes de la llegada del rey.

Un infante y un almirante.

La noche del 21, y en automóvil y acompañado de su ayudante el Duque de la Victoria, llegó a la capital, para esperar al monarca, Su Alteza el infante Don Carlos de Borbón, capitán general de la segunda Región.

La misma noche, en los torpederos número 14 y 19, desembarca-

ron en el Puerto, el Almirante, capitán general del departamento marítimo de Cádiz, Excmo. Sr. D. Pedro Vazquez Castro y Perez de Vargas, y su ayudante, comandante de Infantería de Marina D. Ramón Fernández Teruel.

Los huéspedes ilustres, con que se honraba la ciudad, se alojaron en el Hotel Regina.



En la Estación de Málaga
S. A. el Infante Don Carlos y las autoridades, esperando la llegada
del tren real.

EL REY EN MÁLAGA

Y amaneció la deseada mañana del domingo 22, y con ella la ciudad luciendo sus galas mejores: mujeres, flores y cielo. Complementaban este bello cuadro ofrecido por la Naturaleza, colgaduras de colores vistosos en todos los balcones, banderas, y repicar de sonoras campanas.

Los diarios locales de la mañana, *La Unión Mercantil* y *El Cronista*, publicaban admirables artículos de salutación al monarca, lle-

nos de patriótica exaltación, y con detalles de la regia visita, y eran agotados por el público, que, desde las siete, llenaba las calles. También el periódico vespertino *Diario de Málaga*, que ofrendaba saludo al monarca, vió concluirse su edición.

En la ciudad todo era bullicio y actividad. Las calles del tránsito estaban intransitables. Las bocacalles inmediatas vomitaban criaturas, y no había balcón sin adornar.

Con exactitud matemática, entró el tren real en agujas a las diez y minutos de la mañana. El loco voltear de las campanas, anunció la fausta llegada.

Entonces, tomaron las calles un aspecto indescriptible. Las hermosas malagueñas, más hermosas esta vez, por lucir casi todas la airosa mantilla, daban la nota de color, asociando espléndidas su soberanía a esta fiesta de la realeza.

En la Estación.

Imposible era dar un paso por los alrededores, desde mucho antes de la llegada del rey.

Media hora antes de la anunciada oficialmente para la llegada del convoy, ya estaban en el andén todas las autoridades y comisiones oficiales, que ofrecieron sus respetos al infante D. Carlos, que también esperaba.

Para rendir honores, acudió, con bandera y música, una compañía del Regimiento de infantería de Alava.

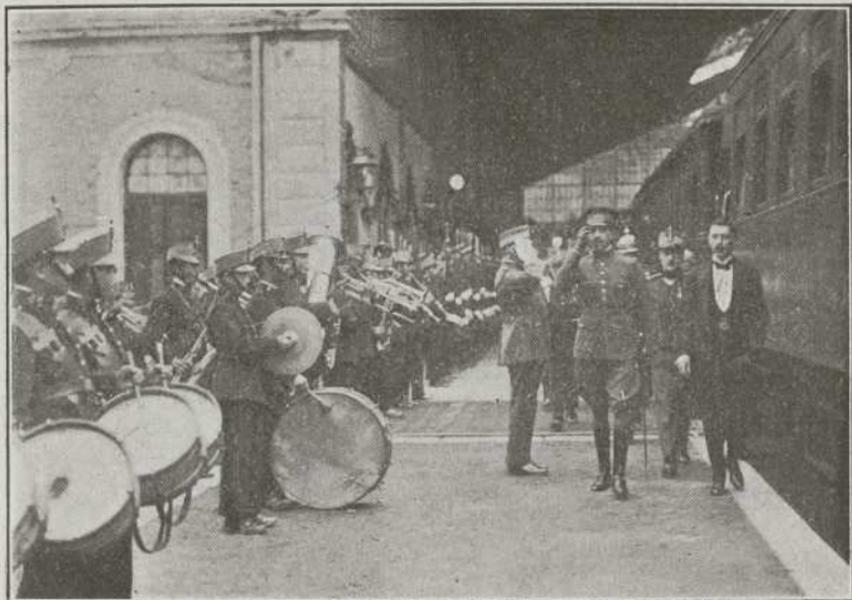
Preiender dar exacta relación de las personalidades que en el andén se encontraban es empeño vano. Se incurriría en lamentables omisiones. Citemos solo, a los que, por sus cargos o representaciones, no deban quedar silenciados.

Con el infante D. Carlos, estaban el almirante D. Pedro Vazquez Castro, y ayudantes Duque de la Victoria y D. Ramón Fernández Teruel.

Además, esperaban: el alcalde de la ciudad, Don Francisco García Almendro, y comisión de concejales bajo mazas, el gobernador militar Señor Perales, el gobernador civil Señor Salas y el presidente de la Diputación Don Eduardo León y Serralvo.

Los Marqueses de Larios, comisiones militares, diputados señores Armiñán, Estrada, Martín Velandía, Albert Pomata, Encina, López López, Ortega Gasset, y Molina Padilla; senadores; Presidente de la Cámara de Comercio don José Alvarez Net, Presidente de la Audiencia y magistrados, jueces de instrucción, comisiones de los cuerpos de Co-

reco y Telégrafo, Cruz Roja, Exploradores, Prisiones, Aduanas, Magisterio, Hacienda, Cámara Agrícola, Cuerpo Consular, Colegio de Abogados y Procuradores, Comunidades religiosas, Colegios Médico y Farmacéutico, Ingenieros, directores de los centros docentes, Presidentes de las corporaciones oficiales y de los Círculos de Recreo,



**En la Estación de Málaga
S. M. visitando las fuerzas que le rindieron honores.**

y cuanto vale y significa en la ciudad, sin olvidar a muchas clases modestas, que quisieron testimoniar al rey sus respetos; y los cuerpos de Exploradores y Cruz Roja.

Una salva de aplausos y los solemnes acordes de la Marcha Real, acogieron la presencia del soberano en la ventanilla del break en que hacía el viaje.

Al descender, saludóle el Alcalde que en nombre de Málaga hidalga, le dió la bienvenida.

Un cordialísimo saludo para el Infante, y luego, para los que le aguardaban. Revistó la fuerzas, y acto seguido formóse la comitiva oficial.

Hacia el Ayuntamiento.

Ofrecía la explanada de la Estación, al salir el rey, aspecto hermosísimo. Ni un solo balcón había quedado sin colgaduras. A la salida del Patio levantábase un precioso arco de flores, obra de las obreras de la *Industria Malagueña*, en el que se leía: «Dios guarde a nuestro Rey D. Alfonso. ¡Viva el Rey!»

Este ¡viva! era repetido sin cesar. Obreros y hombres opulentos juntaban sus manos para aplaudir y abrían sus labios para vitorear.

Los obreros que en la fábrica de los Marqueses de Larios, *La In-*



MÁLAGA.—El automóvil regio saliendo de la Estación del Ferrocarril

ustria Malagueña, trabajan, salieron al paso del monarca, rodeando el auto que tuvo que detener su marcha. Del compacto grupo destacáronse dos lindas jóvenes y dos obreros respetables, ofreciendo al monarca hermosos ramos de flores, que éste aceptó cariñosamente. Luego, volvieron las aclamaciones extensivas al señor Lacierva y a los Marqueses de Larios.

Ocupaba S. M. un auto, llevando a su izquierda al alcalde señor García Almendro, siguiéndoles en otros coches el capitán general, el ministro de Fomento señor Lacierva, el ayudante del rey señor Rodríguez Mourelo y el mayordomo mayor de Palacio, marqués de Viana. Antes iba otro coche con los jefes de la benemérita.

Precedían al rey una sección de la Guardia civil de Caballería y detrás las autoridades y personalidades, que habían acudido a la Estación a recibirle.

Si grande, si excepcional fué la acogida que tuvo el monarca simpático al salir de la Estación, no pudo ni compararse con la que escuchó al recorrer las calles del itinerario marcado.

Toda la mañana se había guardado el orden más perfecto en la calle de Cuarteles, hasta que apareció el rey. Entonces, la multitud arrolló a los guardias y a la policía especial, y llegando hasta él, lo cubrió de flores, disputándose todos el honor de estrechar la mano al monarca, que en pie y de niños, de las escuelas públicas, con ramitos de estas explosiones

de júbilo popular, las más verdaderas, porque nacen del pueblo, de los olvidados, de los pobres, de los que a nadie tienen que agradecer favores, y sólo a su trabajo deben el pan que comen. La Alameda ofrecía el encanto de miles



Málaga.—Entrada en la ciudad. S. M. y el Alcalde Sr. García Almendro. convertida en una verdadera alfombra de flores, cuando la cruzó el rey. Los círculos y cafés estaban abarrotados de público, notándose entusiasmo singular. Tenía que ser así. Málaga, que en todo tiempo supo poner muy alto su pabellón de hidalga, tenía forzosamente que salir a la palestra en defensa legítima de su prestigio y en apoyo eficaz de su tradición gloriosa. Málaga, había de romper con falsos pesimismo y demostrar bien a las claras que corre por las venas de sus hijos la sangre siempre vertida pródiga en defensa de su Patria y su Rey. Y lo ha con-

cas, con ramitos de flores para arrojarlos al paso del soberano. Todos esforzaban sus voces para que mas claras y distintas llegaran a los oídos del augusto visitante, que tal vez en aquellos momentos recordarían a sus hijos. Quedó la calle de Larios



PALACIO DEL AYUNTAMIENTO.—Las tropas desfilando ante S. M.

seguido. No otra cosa significaban los vítores y aplausos; no otra cosa decían la infinidad de personas que se apiñaban en las calles; no otra cosa pretendían las muchachas, señoras y señoritas que se afanaban por acercarse al rey, y no otra cosa, en fin, patentizó el pueblo en masa, al recibirle en la estación, al llorar emocionadas muchas mujeres, al atropellarse por ocupar un buen puesto, ante la Catedral, al aguardar pacientemente en el Parque y frente al Ayuntamiento a que Don Alfonso llegase, y las flores que cayeron sobre el coche que le conducía, y las palomas que se arrojaron a su paso.



El paso del rey por la calle de Granada

En la Catedral.

Desde las nueve de la mañana, los alrededores de la Basílica, estaban llenos de público. En la escalera de la puerta principal, esperaban muchas señoras, y los balcones del Palacio Arzobispal, lucían rojas colgaduras de damasco.

Ante la verja, se hallaba una compañía de Infantería del Regimiento de Borbón y un escuadrón de caballería de la benemérita.

En la puerta principal aguardaban al Monarca Su Ilustrísima revestido de Pontifical y el cabildo en pleno.

Repiques de campanas y grandes ovaciones acogieron la presencia de Don Alfonso, que entró en el templo bajo palio.

La ovación dentro de la Basílica, resonó más imponente que ninguna.

Las señoras que ocupaban el coro y las que invadían las naves, aplaudían y vitoreaban.

Impresionado el joven rey, por esta espontánea y quizás para él desconocida explosión de júbilo dentro de una iglesia, dijo al Prelado: —Es la primera vez que dentro de un templo, se me vitorea con tanto entusiasmo.

A lo que contestó el señor Obispo:

—Señor: esto es propio de la liturgia malagueña. Pero creo que Dios no tomará a mal estos vítores que dentro de su templo tributan al glorioso soberano que supo entronizarlo en España.

Las varas del palio fueron llevadas por los concejales señores García Souvirón, Pries (D. Fernando), Calafat, León Donaire, Tudela y Ortiz Tallo.

El monarca se trasladó, seguidamente, al presbiterio del altar mayor, colocándose bajo dosel a la derecha y sitio del Evangelio.



EN LA BASÍLICA

El Señor Obispo y clero Catedral aguardando la visita del Rey.

A la diestra tenía al infante don Carlos de Borbón, y a su izquierda al ministro de Fomento señor Lacierva.

En el sitio de la Epístola se colocó el señor Obispo.

El Santo Sacrificio de la Misa fué celebrado por el arcipreste don

Andrés Coll y Pérez, oficiando de maestro de ceremonias, el beneficiado don Nicolás Montero Estévez.

Durante este acto la capilla coral de la Catedral, dirigida por el maestro don Domingo López Salazar y con acompañamiento de órgano, cantó solemne «Te Deum».

S. M. el Rey, durante la misa, rezó varias oraciones, leyendo en un lujoso y artístico devocionario, sobre el reclinatorio que ocupaba.

Abandonó el rey el templo, subió en el auto acompañado del alcalde y partió para el Ayuntamiento.

Antes de subir, como observara que al señor Lacierva lo traía el público casi en volandas y a poco lo asfixian, exclamó riendo:

—¡Cuidado, no vayais a derribar al Gobierno!

Entraban por el Parque. D. Alfonso dijo al señor García Almendro.

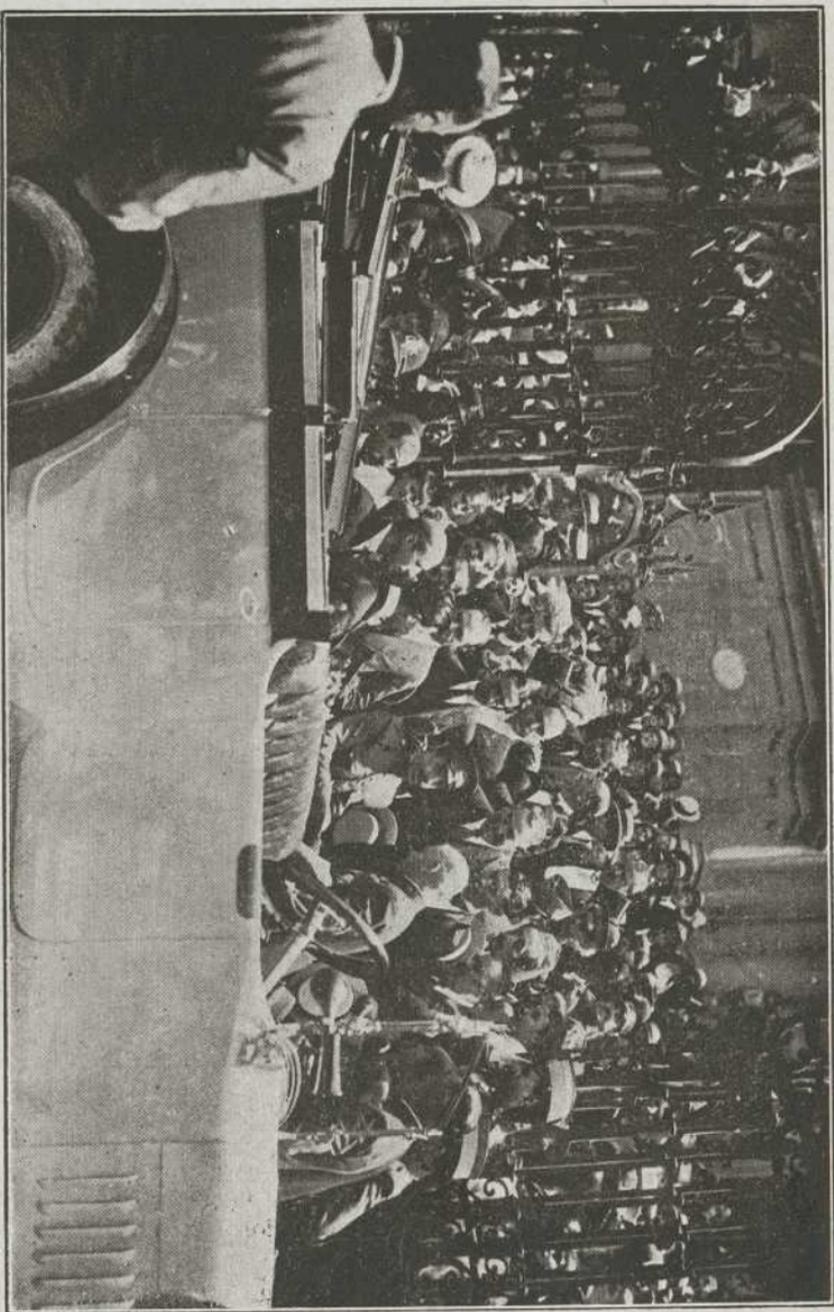


El Rey, acompañado del Alcalde, penetrando en la Catedral.

—Alcalde, esto no será protocolario, pero los dos tenemos ganas de fumar. Ahí va un pitillo, pero no tengo fósforos.

—Yo, tampoco, Majestad.

El señor García Almendro dirigiéndose a un individuo de los mu-



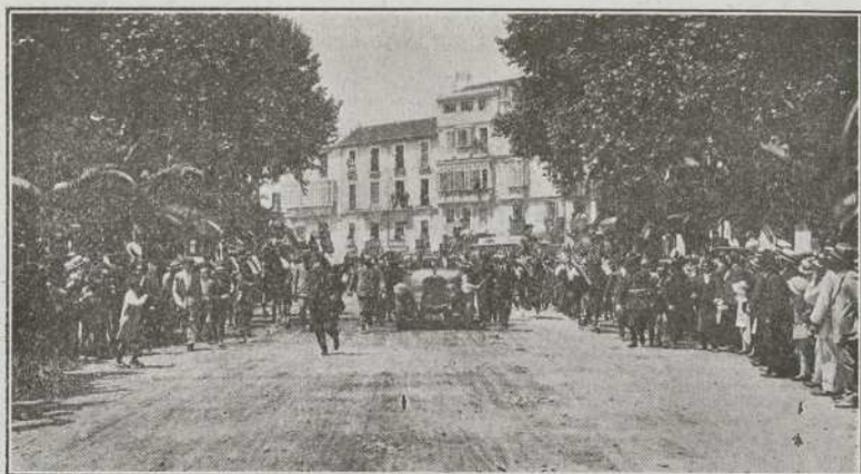
El Rey saliendo de la Catedral después de la misa.

chos que seguían rodeando al coche, le pidió una cerilla; e inmediatamente, surgieron unas cuantas docenas de cajas.

En el Ayuntamiento.

Don Alfonso llegó a la puerta del Palacio Municipal, revistando primeramente a la compañía de soldados de cuotas que le rindió honores, y haciendo que desfilaran, más tarde, con bandera y música, ante él y las demás autoridades.

A los acordes de la Marcha Real entró el monarca en el Ayuntamiento, admirando el soberbio edificio.



S. M. entrando en el Paseo del Parque.

La Recepción.

Cuando S. M., con sus acompañantes, hubo pasado a su despacho del Ayuntamiento, entre los atronadores aplausos del público que se congregaba a la puerta, el alcalde díjole:

—Majestad, el pueblo desea verle otra vez.

Y entonces, D. Alfonso se asomó al balcón, siendo acogida su presencia con vivas y ovaciones.

En el salón de sesiones se levantó magnífico dosel, bajo el que se había colocado un soberbio sillón estilo Renacimiento, cedido por

D, Diego Salcedo Durán. Las ricas alfombras fueron facilitadas por los señores alcalde, Marqueses de Larios, y Na?el, (D. José),

Flores y macetas artísticamente diseminadas, completaban el adorno primoroso del salón.

Luego, el Rey concedió audiencia a varias damas de la aristocracia, entre las que figuraban la marquesa de Nervión, condesa de Villapardierna, condesa de los Gaitanes, doña Amparo Durán de Gross, señora de Salcedo y señoritas Blanca Bonitz, Blanca Pries, María Reín Segura, Carmen Bolin y otras muchos.

Recibió, después, al Comité del partido maurista, integrado por los señores Cuevas, Ruano y Pérez Bryand, y a instancias del marqués de Viana, pasaron, a continuación, los señores Cónsules de Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Argentina, Portugal, Bélgica, Alemania, Venezuela, Cuba, Paraguay y Suecia.

La recepción fué brillantísima, desfilando ante S. M. la Diputación Provincial, Grandes de España y primogénitos, Grandes Cruces, Obis-

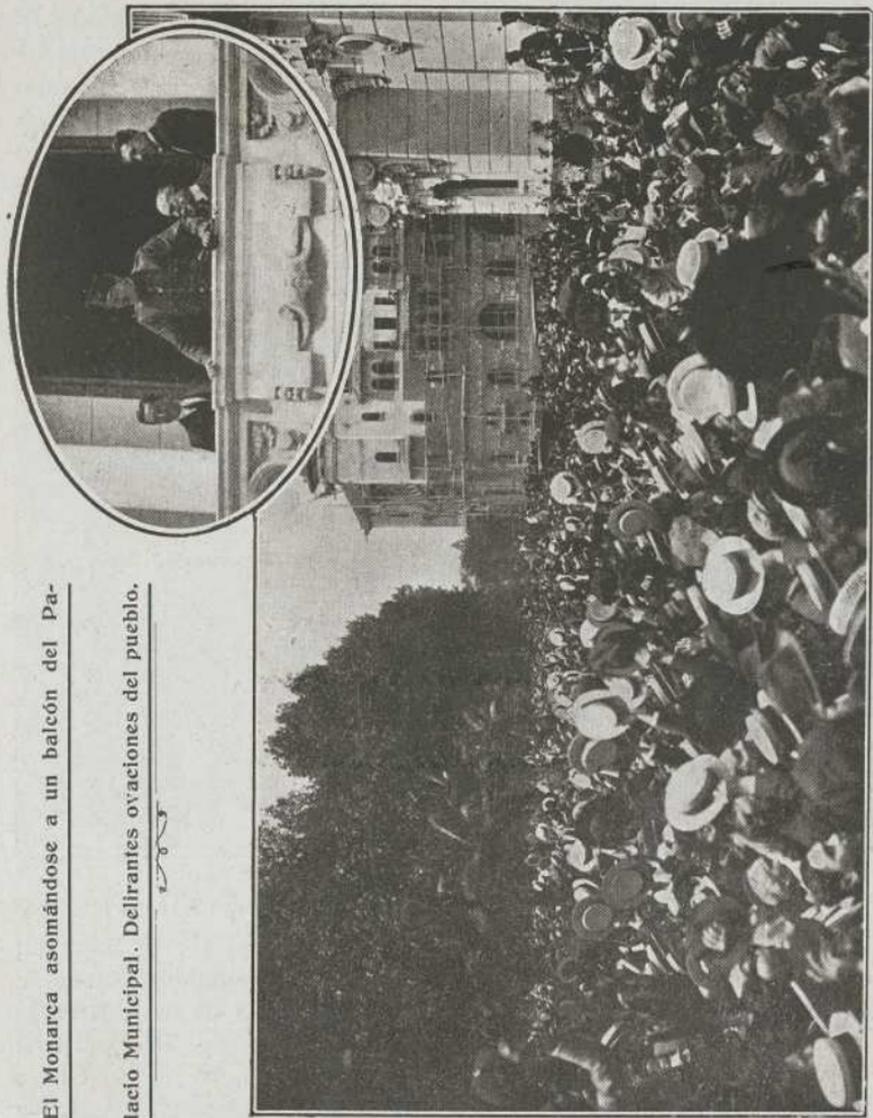
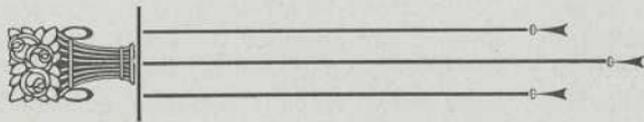


La llegada al Palacio Municipal.

po, Títulos de Castilla, Escuela Normal de Maestras, Cuerpo de Aduanas, Presidente de la Audiencia, Jueces, D. Félix Saenz, Marqués de

El Monarca asomándose a un balcón del Pa-

lacio Municipal. Delirantes ovaciones del pueblo.



Larios; Cuerpo de Prisiones; Cabildo Catedral; Comunidades religiosas; Párrocos; Capitán General del departamento y Comandancia de Marina; Hacienda; Correos y Telégrafos; Instituto; Escuela Especial de Intendentes y Colegio Pericial Mercantil; Escuela de Artes y Oficios y Academia de Bellas Artes; Escuela Normal de Maestros; Ingeniero Jefe de Obras Públicas; Jefe de Pósitos; Catastro; Cámara de Comercio; Senadores del Reino; Diputados a Cortes; Cámara Agrícola; Co-



S. M. acompañado del alcalde, en el desfile militar.

legio de Abogados; Colegio de Procuradores; Inspector de Sanidad; Sanidad Marítima; Cruz Roja; representación del Magisterio Nacional; Oficiales Generales del Ejército y Jefes y Oficiales de las diferentes armas de la guarnición; D. Jaime Petit Renon, Ingeniero Fiel-Contraste de la provincia; el presidente del Club Mediterráneo, D. Adolfo Gross y varios socios; Médicos; Jefe de la División Hidráulica y Colegio de Practicantes.

S. M. el Rey Don Alfonso XIII habló, por último, con los Cónsules señores Thorton, Smith, Hoff, Moreno, Frápolli, De Jonge, Fromke, Picon Lares, Fernández, Valls y Krauel, expresándose en los idiomas de la nación que cada uno de ellos representaba.

Durante la recepción estuvo tocando la Banda Municipal.

Un descanso.

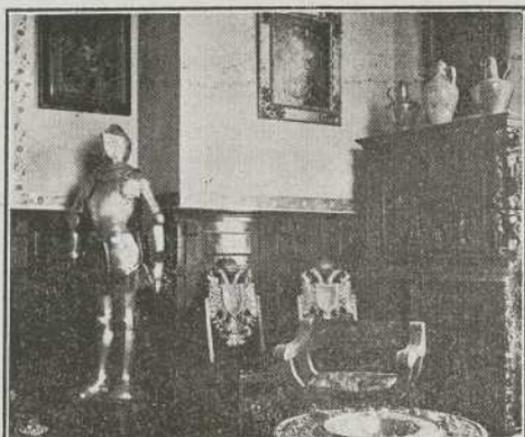
Pasó el rey a las habitaciones que para su aseo personal se habían dispuesto, lujosamente amuebladas con muebles y tapices que facilitaron los Marqueses de Larios, D. Diego Salcedo y los señores Prados hermanos, y con las panoplias y armaduras que cedió el Marqués de Casa Loring.

El Banquete.

Próximamente a la una de la tarde entraron el monarca y su acompañamiento en el salón de fiestas del Municipio, espléndidamente habilitado para el banquete real, ocupando la presidencia acto seguido y sentando a su diestra al Infante D. Carlos, al Alcalde, señor García Almendro, al Obispo, al Marqués de Sotomayor, al señor Ortuño y al Gobernador militar de la plaza; y a su izquierda, al Ministro de Fomento señor Lacierva, al Marqués de Viana, al Almirante del Apostadero, a D. Jorge Sivela y al Marqués de Larios.

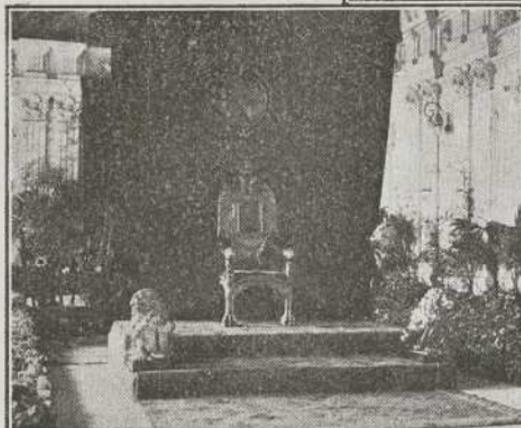
Tomaron asiento en los sitios restantes de la mesa, los señores Gobernador civil, D. Luis de Armiñán, el Presidente de la Diputación, D. José Caffarena, senador; D. José Estrada, D. Fabio Bergamin, el Conde de Mieres del Camino, el Conde de los Gaitanes, D. Adolfo Pérez Gascón, D. Salvador González Anaya, D. Francisco Yébenes Hidalgo, D. Antonio Irigoyen, D. Manuel Egea, el Conde de Puerto Hermoso, D. Diego Salcedo, D. Mauricio Barranco, D. José Rodríguez Spiteri, D. José R. Paris, el ingeniero Jefe de la Cuarta División de Ferrocarriles, D. Luis Nieulant, D. Antonio Fernández Gutiérrez, D. Diego Durán Villavicencio, D. José Gálvez Ginachero, D. Luis Encina, don Francisco López López, D. José Martín Velandia, D. Eduardo Ortega Gasset, el Marqués de Novaliches, D. Francisco Calafat, D. Pedro Alfaro, Director de «La Unión Mercantil»; D. Luis Tudela, D. Manuel Cárcer, D. Manuel Espejo, D. Angel Fernández Ruano, D. Francisco Marzo, D. Rafael Benjumea, D. Francisco Salazar, D. Francisco Cárcer, D. Francisco Pérez de la Cruz, D. Manuel Alvarez Net, señores Ingenieros Jefes de Minas y del Servicio Agronómico, el Director del Banco de España, el Director general de Obras Públicas, señor Castell; D. Ricardo Albert, D. José Risueño, Fiscal; D. Alfonso Molina Padilla, D. Julio Gancedo, D. Félix Saenz, el Conde de Pries, D. Adolfo Hurtado Janer, D. Mariano Molina, D. Victor Martin, el general Alaiza, don

Juan Villar Ortega, D. Sebastián M. Abojador, don Luis Muñoz Cobos, director del Instituto; Doña Teresa Azpiazu, Directora de la Escuela Normal; don Andrés Baena, D. Eduardo León Donaire, director de «El Cronista»; el Presidente del Colegio de Farmacéuticos; D. Narciso Díaz de Escobar, don Rafael Murillo Carreras;



Habitaciones preparadas para S. M. Detalle

D. Juan Marqués, decano del Colegio de Procuradores; D. José Alvarez Nel, Presidente de la Cámara de Comercio; el Marqués de Grañina, el Marqués de Torrelaguna, don Antonio Baena, el Presidente de la Cámara Agrícola, don José Nagel; D. Manuel Rome-



Palacio Municipal. Salón del trono.

ro Raggio, D. Luis Solís, magistrado; D. José Luna Pérez; D. Juan Pérez Urruti; D. Ricardo Gross, Marqués de Casa-Loring; don Félix García Souvirón, don José Ortiz Tallo, D. Luis Segalerva, D. Evaristo González Marín y D. Adolfo Gómez Cotta.



Despacho de la Alcaldía. Detalle.

El almuerzo fué servido con arreglo al menú siguiente: Oeufs Suzette; Saumon de la Bidasoa poché sauce vert; Medaillons de Veau de Lait a la Mascotte; Poulets de Grain Rotis; Croustades Regine; Asperges en Branches sauce Mousseline; Fraisses Glacés a la Groiselle; petit Fours; Fruits assortis, Café y licores; habanos y vinos del Rhin, Burdeos y Champagne Möt y Pommery.

Don Alfonso, que no ignoraba que en nuestras hermosas costas se crían sabrosos *chanquetes*, pidió que se los sirvieran en el acto, gustándoles, además, el infante Don Carlos y el señor Lacierva, que al verlos mostraron también deseos de probarlos.

Unas fresas heladas pusieron remate al bien servido banquete a cargo del Regina Hotel, levantándose acto seguido a ofrecerlo, nuestro dignísimo alcalde D. Francisco García Almendro, el cual usó de la palabra y dijo:

Con la venia de Vuestra Majestad.

Señor: Nunca podré sentir con mayor intensidad mi insignificancia personal; pero, nunca, tampoco, podré sentir con mayor dignidad el desempeño de mi cargo de Alcalde de Málaga, que en este acto solemne, en el que en nombre de la ciudad a Vuestra Majestad me dirijo para tener el alto honor de ofrecerle este modesto banquete y testimoniarle el respeto, el afecto, la honda veneración que todos los malagueños sienten por la persona augusta de nuestro Soberano.

Habeis venido, Señor, a la provincia de Málaga, para colocar la última piedra de una obra gigantesca, de una de esas obras geniales, la del pantano del Chorro, que antes solo concebían los españoles que fuesen realizadas siendo tributarios del extranjero y que ahora hemos visto felizmente coronadas por el éxito, a virtud del trabajo de obreros españoles, del esfuerzo, de la voluntad sin límites de un ingeniero español, el Sr. Benjumea, a quien V. M. respondiendo a una de vuestras grandes virtudes, la del sentimiento perfecto de la justicia, ha condecorado mercedamente.

Pero, no os habeis querido contentar solo con asociar vuestra realeza a esa obra que tantos beneficios ha de reportar a la provincia de Málaga, sino que nos habeis proporcionado el honor de vuestra visita y con el concurso del Excmo. Sr. Ministro de Fomento, ese hombre todo fe, todo amor al trabajo, todo esperanza en una España engrandecida, proporcionais al pueblo de Málaga la satisfacción de una de sus necesidades más sentidas: me refiero al puente de la Aurora, ese proyectado puente, que ha de unir la parte central de la población con el barrio de la Trinidad y la zona de ensanche de la ciudad, del cual ha de colocar hoy la primera piedra V. M., puente nuevo que desde

hoy ha de ser conocido con el nombre augusto de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII. (Grandes aplausos)

Señor, en el libro de la historia municipal de Málaga quedará grabada con letras de oro esta fecha, en la que honrásteis con vuestra presencia el Palacio Municipal y en la que Málaga os acogió con el cariño debido, hasta el punto de que si los merecimientos de V. M. tuviesen límites, yo me sentiría satisfecho del recibimiento que se os ha tributado.

Y ahora, con la venia de V. M., he de permitirme aludir nuevamente al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, para solicitar su valiosísimo concurso, el del Gobierno de S. M. para la realización de todos los proyectos que Málaga necesita para su engrandecimiento, en la seguridad de que ésta ciudad que honrosamente lleva en su escudo, entre otros,



Banquete en el Ayuntamiento

Presidencia de S. M., S. A. el Infante Don Carlos, el ministro de Fomento Sr. Lacierva el Obispo de Málaga y el Alcalde Sr. García Almendro.

los lemas de Muy Noble y Muy Leal, cifrará su mayor orgullo en aportar toda su labor a la obra común del engrandecimiento de la patria española.

Malagueños, condensemos en tres gritos del alma, el logro de todas nuestras aspiraciones: ¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Viva Málaga!

Una gran ovación y vítores atronadores, acogieron las últimas frases del animoso alcalde, felicísimo de palabra y concepto.

El Infante, el señor Lacierva y el Marqués de Viana, felicitaron al Alcalde.

Don Alfonso, cruzó unas frases con su ministro. Como se conocía la designación del señor Lacierva, para contestar al discurso, asombró a todos ver que el ilustre político permanecía en su puesto, levantándose el rey.

El diálogo sostenido se concretó a los siguientes términos:

Don Alfonso. --¿Vas a contestar, o contesto yo?

El señor Lacierva, dándose clara cuenta de los deseos del monarca, repuso:

—Conteste V. M

En el amplio salón, prodújose un murmullo que cesó pronto, para convertirse en ovación frenética. En pie, todos los comensales aclamaban al joven soberano.

Cuando cesaron los aplausos, Don Alfonso con voz clara, sereno, augusto de gesto y de figura, habló:

—Señores: Hoy es día de satisfacción para ésta provincia y de satisfacción para mí, que voluntariamente visito tan hermosa tierra.

Sé yo, que de mí se ha dicho que no quería venir a Málaga, y no es cierto. Esta opinión sólo un calificativo tiene para mí: Ingratitud.

Vosotros olvidáis que un día trisísimo para la provincia, provocado por espantosa inundación, el que se apresuró a visitaros y buscar remedios, no de momento, sino duraderos, fuí yo.

Hoy es día alegre para todos. He venido a inaugurar las obras de un Pantano, que ha de beneficiar a la provincia, con la riqueza que sus aguas le proporcionarán, aunque estas, en algunos momentos, resulten bastante molestas. (Muchas risas). El monarca ha puesto sumo grajeo en la expresión.

Málaga ha querido, también, que no sea esta satisfacción única, sino que se una la alegría del cielo, para quitarnos la impresión de ayer, en que el agua nos hizo comprender no solo la importancia que, llenando el embalse del Chorro, tiene para las tierras de regadío, sino también para «los de secano». (Otra vez, se repiten las risas, porque el monarca se refería a los remojones con que el sábado obsequiaron las nubes a los visitantes del Pantano).

Hoy brilla el sol. Parece que Dios ha querido que quede indeleble recuerdo de la visita mía a esta tierra privilegiada.

Hoy voy a colocar, como ha dicho el alcalde, la primera piedra de ese puente, que va a unir dos barrios. Y también os diré que, querien-

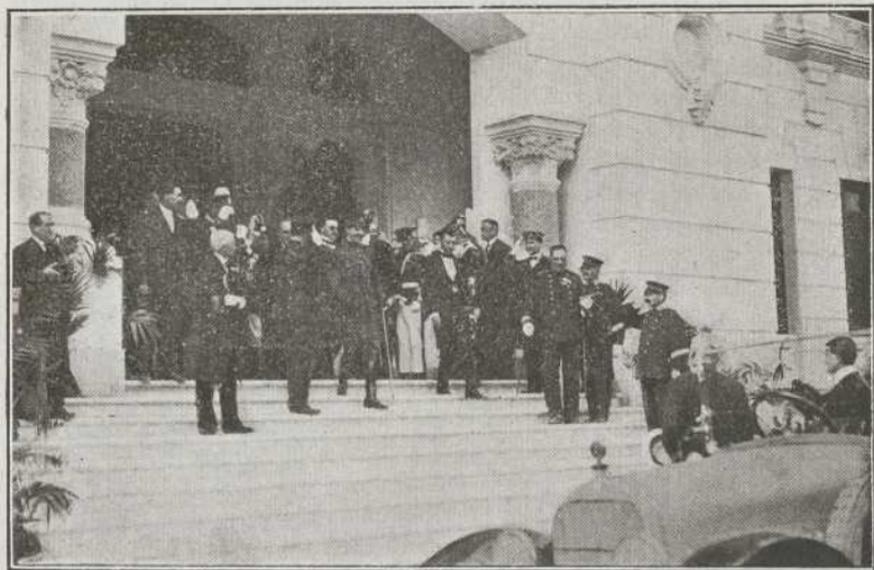
do que no se repitan aquellos días lúgubres de dolores, el Pantano del Agujero será una realidad, y el Guadalmedina, desviado por el río de Sabinillas, evitará todos los peligros y constituirá otra gran riqueza para una extensa parte de la vega.

El alcalde nos ha recordado un lema del escudo de Málaga. Yo, me voy a permitir recordarles un lema nuestro.

Mis abuelos, los Reyes Católicos, tenían como lema el «Non Plus Ultra». Descubierta el Nuevo Mundo, se le suprimió el Non; quedando en «Plus Ultra», más allá.

Y éste es el lema del que yo no me aparto y que debe seguirse en todo momento para ir mas allá, sin pararnos en el camino del engrandecimiento de la patria.

Al menos, eso es lo que, para vosotros, significará siempre vuestro Rey.



El Rey abandona el Palacio Municipal.

Los que en pie y sobrecogidos por la emoción escucharon atentos las palabras del rey, rompieron en delirantes aplausos. No cesaban los vítores y el entusiasmo monárquico se reflejaba en todos los rostros.

Fumose un cigarro Don Alfonso. Luego, abandonó su sillal y asomose al balcón de honor, contemplando el Parque, espléndido, el sol

brillando en ascuas de oro, a la muchedumbre que, en la calle, esperaba impaciente su salida para aclamarle nuevamente.

—Estoy satisfecho—dijo el Rey al alcalde; y retiróse del balcón, y a poco del Ayuntamiento.



El automovil del Rey dirigiéndose por el Parque a la inauguración del Hotel "Príncipe de Asturias"

En el Hotel "Príncipe de Asturias"

Por el Parque y paseo de Reding, dirigióse el monarca al lugar donde ha de alzarse, magnífico, el Hotel «Príncipe de Asturias», cuyas obras había de inaugurar.

Un arco estilo árabe, permitía el acceso a los terrenos. El sitio acotado lo adornaban banderas, flores y un magnífico templete, dispuesto para recibir al rey. En una artística combinación de flores se leía, «Dios guarde al Príncipe de Asturias». En los alrededores y en la carretera, la multitud compacta se apiñaba, vitoreando al monarca y al señor Lacierva, que con el marqués de Viana le acompañaban.

Fué recibido D. Alfonso, por el Presidente del Consejo de Administración, Marqués de Torrelaguna, al que acompañaban los señores

D. Félix Saenz Calvo, D. Luis Segalerva, D. Francisco Marzo Lombardo y el insigne arquitecto, D. Fernando Guerrero Strachan, autor del proyecto. El ex-ministro de la Gobernación, D. Joaquín Ruiz Jiménez, que figura también en el Consejo, no pudo asistir por impedírsele una dolencia.

Cuando el monarca saludó a las damas y señoritas que allí se encontraban, se oyeron nuevos vítores al Rey y al Príncipe de Asturias.

Con el Marqués de Torrelaguna conversó D. Alfonso, preguntándole cuando quedaría terminada la construcción del Hotel. La respuesta fué halagadora, pues, a lo sumo, dentro de un par de años, será inaugurado.

Luego, escuchó atento de labios del señor Guerrero Strachan, mientras contemplaba los planos del soberbio edificio, las explicaciones que con todo detalle le daba.

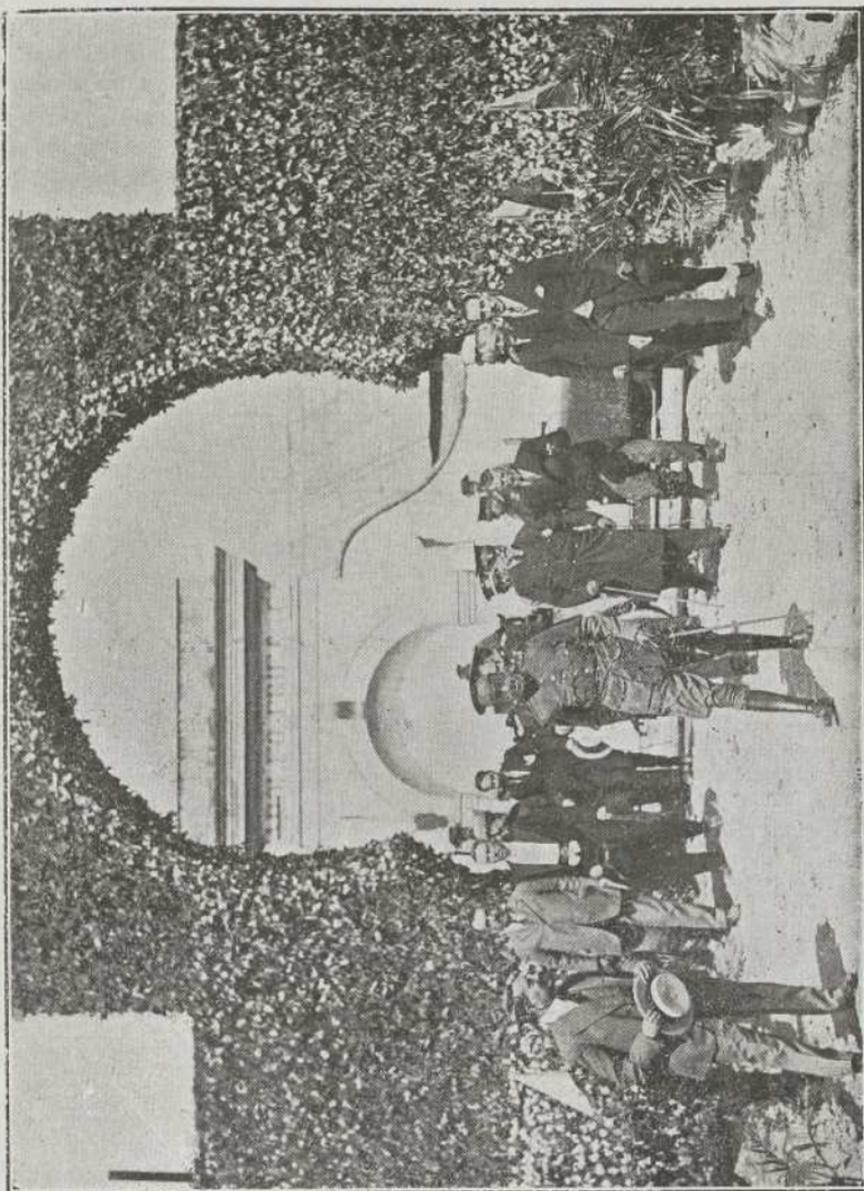
El Hotel constará de cuatro plantas superiores y una baja. En las superiores se construirán treinta y siete habitaciones con sus cuartos de baño. Las habitaciones que se clasifican de primera clase, recibirán la luz directamente de la fachada, y las de segunda por un patio central.

Hay, además, veintiuna habitaciones que carecen de cuartos de baño; pero, para que puedan utilizarlos los huéspedes, se construirán dos muy espaciosos.

En la planta baja, que vista desde la calle es planta principal, se edificará el pabellón de honor, que tendrá entrada independiente. Junto a la puerta se dispondrá el cuerpo de guardia. Compónese este pabellón de tres amplios dormitorios con cuartos de baño, comedor y salón, office, montacargas y escalera de servicio, a más de dos habitaciones para servidumbres. Como el número de dormitorios se ha reducido a tres, se proyecta que el ascensor de este pabellón se eleve hasta la planta principal y desembarcando en el grupo de habitaciones del ángulo, puedan relacionarse estas en número de cuatro con las del pabellón, formando un conjunto aislado del resto del Hotel, sin perjuicio de relacionarlo cuando así convenga.

Del comedor del pabellón de honor se pasa directamente al gran salón de fiestas del Hotel. La disposición adoptada es análoga a la del Royal Hotel de Evian les Bains.

El ingreso a la planta baja, destinado a servicios, se efectúa mediante un pórtico situado en la fachada a la carretera; de éste se pasa a un vestíbulo de distribución al cual concurren la gran escalera, dos ascensores al fondo, teléfono, dirección, contabilidad y guardarropas y lateralmente, mediante dos galerías, los departamentos de tabacos, perío-



S. M. el Rey dirigiéndose a inaugurar las obras del "Hotel Príncipe de Asturias"

dicos y libros, retretes generales de caballeros, a un lado y a otro el montacargas de equipajes, tocador de señoras y peluquería. Al fondo de estas galerías se proyectan dos series de habitaciones en número de doce, de disposición análoga a la de los pisos superiores. Comunica el vestíbulo con el jardín de invierno, que afecta la forma de un patio andaluz, abarcando la altura de las plantas baja y principal, cerrado totalmente a la altura de esta última con vidrieras y cubierto con montera de cristales. Entrando en el Hall, a la izquierda, se disponen los salones de billar y escritorios, dejando otro para tresillo, y a la derecha, el salón de lectura y comedor, capaz para trescientas personas.

Al fondo del Hall se proyecta un ancho paso que distribuye a la derecha el saloncito de señoras, a la izquierda un tercer ascensor y una amplia escalera que relaciona esta planta con la de sótanos, donde se hallarán la brasserie y finalmente el Gran Salon de Fiestas, cuyas di-



S. M. escuchando de labios del insigne arquitecto Sr. Guerrero Strachan la descripción del Edificio.

mensionen son once metros de ancho por veintidós de largo; en uno de los testeros de este salón se levantará un pequeño escenario: Finalmente, enlazando los extremos de los pabellones de honor y comedor, se ha

dispuesto una amplia terraza de treinta y un metros por diez de ancho que se relaciona con el jardín por una ancha escalera.

En la del sótano, estarán la *Brasserie* y luego todos los servicios.

Además de las plantas de sótanos y baja, se proyectan cuatro plantas más, con cuyo número resultan en total: doscientas cuarenta habitaciones de viajeros, treinta y dos habitaciones de criados en las plantas superiores y salas generales para los mismos en el entresuelo; en éste se disponen además departamentos de costura, planchado y almacén de ropas, pudiendo decir en definitiva que el Hotel es capaz para trescientos viajeros y cincuenta criados. Se proyectan ciento cincuenta habitaciones con cuartos de baños y además ocho cuartos de baños generales.

Muy satisfecho quedó el monarca de las explicaciones que le fueron ofrecidas por el señor Guerrero Strachan, felicitándolo por la obra magna que dirige y ofreciendo venir a inaugurar el Hotel.

Por las barriadas aristocráticas.

Al salir de inaugurar las obras del Hotel Príncipe de Asturias, y como la tarde era espléndida, pues la Naturaleza parecía haber querido sumarse a este homenaje, sintiéndose pródiga en su engalanamiento, mostró el monarca deseos de conocer las barriadas aristocráticas de la ciudad, y subió a la Caleta, admirando los lindos hoteles y la belleza de los jardines, cuajados de rosas y de claveles de ricas variedades.

Subió por Bella Vista y cerca del Molarco, tornó contrariado, al centro, porque el tiempo apremiaba y había de partir a las cuatro de la tarde.

Al virar el auto, sorprendió a D. Alfonso el panorama maravilloso que a sus ojos se ofrecía. La playa en círculo, bañada por el manso oleaje de este mar, verde siempre, que no parece sino rendir constante homenaje humilde a los suntuosos hoteles y rientes jardines que le bordean; el morro de levante que se mete orgulloso en el agua; en su arranque, la esbeltez airosa de la Farola; detrás los mastiles de los buques surtos en el Puerto y las chimeneas de fábricas y talleres, negras del humo. Más al fondo, una mancha verde y la punta de Torremolinos que también parece desafiar al mar, avanzando en él sin miedo, hasta cortarlo en el horizonte. En la lejanía, soberbias, dibujándose soberanas, en el azul purísimo de este cielo incomparable, las sierras de Mijas y de Yunquera.



En Casa de los Marqueses de Larrios,
El monarca asomado a un balcón, para contestar a las frenéticas aclamaciones del público que llenaba la Alameda.

Unos instantes admiró el monarca este panorama de arte, y elogiándolo, dirigióse a honrar a los Marqueses de Larios, que le habían invitado a un *lunch*.

En todo el trayecto recorrido las manifestaciones de entusiasmo fueron compañeras inseparables del augusto visitante.

En el Palacio de los Marqueses de Larios.

D. Alfonso quiso cumplimentar a los Marqueses de Larios, y a las tres acudió a visitarlos.

Aguardaban al rey en la puerta, los ilustres próceres y el personal de la casa. En los alrededores de la suntuosa morada la multitud, estrujándose, ovacionaba al rey.

La Marquesa de Larios, espléndidamente bella, recibió al regio huésped. Besó D. Alfonso la mano a la dama, toda caridad y abnegación, y juntos subieron en el ascensor a la planta principal, en cuyo salón riquísimo, se había dispuesto refresco exquisito.

Unos claveles rojos, que llamaron la atención del rey, cubrían las mesitas esparcidas por el salón.

No cesaban las aclamaciones. El pueblo no estaba satisfecho; quería ver a su rey siempre, y lo llamaba con palmas y vitoreándole. D. Alfonso asomóse y atronaron los oídos el batir de palmas y vivas. Mucho rato, estuvo el monarca contemplando desde el balcón, que lucía, como todos, valiosos tapices, a la multitud que le aclamaba.

De estas aclamaciones, alcanzaron gran parte los marqueses que, aquella misma mañana, habían mostrado su esplendidez, repartiendo seis mil panes entre los pobres, y practicando otras infinitas obras de caridad.

En el salón, invitados por los próceres, vimos conversando en grupos animadísimos al ministro de Fomento, Infante D. Carlos, ayudantes del Rey y del Infante, Almirante del apostadero, los diputados señores Armiñán, Martín Velandia, Pérez Urruti, Ortega Gasset, Estrada, Encina, Albert y Molina Padilla. El alcalde señor García Almendro, el gobernador civil señor Salas, el Presidente de la Diputación D. Eduardo León y Serralvo, el Marqués de Sotomayor, el Conde de Pries, el Presidente de la Cámara de Comercio D. José Alvarez Net, el arquitecto señor Guerrero Strachan, el ex-alcalde e insigne literato D. Salvador González Anaya, D. Francisco Cárcer Tellez, D. Manuel y Don Francisco Cárcer Trigueros, el Marqués de Casa Loring, el Presidente de la Cámara Agrícola D. José Nagel Disdier, D. Carlos Nieulant, Don



En Guadalmedina.—Š. M. bajando al lecho del río.



En Guadalmedina.—El rey conversando con el concejal republicano Sr. Pino.

Diego Salcedo, el senador D. Manuel Romero Raggio, el Delegado de Hacienda D. Francisco Salazar, D. Antonio Noguera, D. Sebastián María Abojador, D. Pedro Alfaro, y atendiendo con los marqueses a los convidados, los apoderados de la casa, D. Laureano del Castillo, D. Federico Heaton, D. Carlos Bentz y D. Francisco Crooke.

Durante la estancia del señor Lacierva en el palacio de los señores Larios, pasaron a saludarle, presentados por los señores Martín Velandía y Pérez Urruti, los alcaldes de los pueblos de los distritos de Vélez-Málaga y Torrox.

En la conversación del rey con los marqueses, se habló de cacería. D. Alfonso dijo:

—Conozco todos los cotos de España, menos el vuestro de *Los Llanos* y tengo que cazar allí.

En el acto quedó invitado, y comenzaron las despedidas. Nuevamente hubo de asomarse el rey al balcón requerido por el entusiasmo. Le acompañaba la ilustre dama.

Viendo las explosiones de afecto de que le hacían objeto, exclamó: —¡Esto es muy hermoso, marquesa!

Y lo era en efecto. Entre manifestaciones desbordantes de entusiasmo, salió el rey del Palacio de los Marqueses de Larios, dirigiéndose a inaugurar las obras del nuevo puente de Alfonso XIII.

Mientras, los alcaldes y el personal de la casa eran invitados espléndidamente.

La Marquesa aclamada.

Poco después, salió de su casa para ir a la Estación la Marquesa de Larios, que fué aclamada por la muchedumbre.

El afecto y las simpatías de que goza entre sus operarios y entre los millares de pobres a quienes socorre, se exteriorizaron en explosiones de júbilo y frenéticas aclamaciones.

Las mujeres se abalanzaban al auto, estrujando y besando las manos de la dama noble caritativa y popular.

UN NUEVO PUENTE

Hasta que el auto que conducía al monarca y su séquito no hubo desaparecido por la rampa del Puente de Tetuán, se oyó el resonar de los aplausos en todo el largo de la Alameda.



Excelentísimos Señores Marqueses de Larios.

Muelle Carreras

A la popular y alegre barriada trinitaria, había llegado temprano la noticia de que D. Alfonso, nada menos que el rey, inauguraría las obras de un nuevo puente, haciendo desaparecer para siempre este otro *desdichado* de la Aurora, de vieja madera, constante amenaza de grave catástrofe, cuyas escaleras, llamadas hasta aquí *escaleras de la muerte*, fueron mudas e indiferentes autoras de muchas desgracias.

Los trinitarios, iban a lograr al fin su gran anhelo de tener un puente hermoso que uniese su barrio con la ciudad.

Por eso al extenderse la noticia, el júbilo desbordóse, sacáronse de las arcas y de las cómodas, las colchas mejores para engalanar los balcones; tocáronse las bellas mocitas con sus más lindos vestidos; cubrieron de flores sus pechos y sus cabezas; ciñéronse los mantones, y limpias y rientes acompañadas o seguidas de los mocitos del barrio, también luciendo trajes



El ilustre ingeniero Sr. Giménez Lombardo, autor del proyecto del nuevo puente.

nuevos y sombreros de anchas alas, dispusieron a tributar al soberano el recibimiento a que era acreedor, y también al alcalde, y al ministro de Fomento. A ellos tres solos, se debe el que prescindiendo de trámites, sin haber acuerdo, solo con algo de buena voluntad y deseo de servir a un pueblo

se inauguraran las obras del nuevo puente, que ha de mostrar *su alto abolengo*, llamándose de Alfonso XIII. Pintoresco era el cuadro que se ofreció al rey y a sus acompañantes. El viejo puente estaba ocupado por lindas muchachas; y en su centro, las reinas de los barrios, cuatro guapísimas mujeres, elegidas por aclamación en los festejos del pasado invierno.

Clamorosas ovaciones acogieron al rey, que con el alcalde y su acompañamiento, bajó por el lecho del río, entrando por una abertura que a toda prisa se hizo en la muralla, para pasar bajo el Puente de la Aurora y llegar al sitio en que ha de emplazarse el nuevo.

Las murallas del río estaban ocupadas por la muchedumbre. Verdadero milagro fué que no ocurriesen desgracias

D. Miguel del Pino Ruiz, industrial acreditado, republicano antiguo

Puerta Nueva.—Llegada de S. M. al sitio en que ha de emplazarse el nuevo puente sobre el Guadalmedina.



y concejal por el partido, ha sido siempre un campeón decidido para la realización de esta obra que justísimamente consideraba indispensable. No pasó cabildo sin que de la necesidad del nuevo puente hablara, ni momento que no aprovechara para pedirlo.

Por eso, al tener noticia de que sería realidad el proyecto que tanto acarició y con noción clara de que la cortesía y los intereses del barrio que lo eligió su representante, no estaban reñidos con sus ideales, bajó al álveo del río y aguardó a la régia comitiva.

El alcalde presentó a D. Alfonso al concejal señor Pino.

Tras saludo afectuosísimo, sonrió el monarca preguntando:

—¿Como es que estás aquí?

—He querido expresar a V. M.—respondió el señor Pino—mi gratitud por la realización de esta obra, por la que tanto he luchado y que de modo tan extraordinario beneficiará los intereses de Málaga. Tenga Vuestra Majestad la seguridad de que en lo sucesivo sabré corresponder a la noble conducta de V. M. viniendo a inaugurar esta obra tan importante. Agradeció

fecionados también a toda prisa por el notable ingeniero D. Manuel Giménez Lombardo, que mereció los elogios del rey y del señor Lacierva.

Seguidamente, procedió el monarca a colocar la primera piedra, bendijo el obispo las obras, se firmó el acta, y entonces el señor García



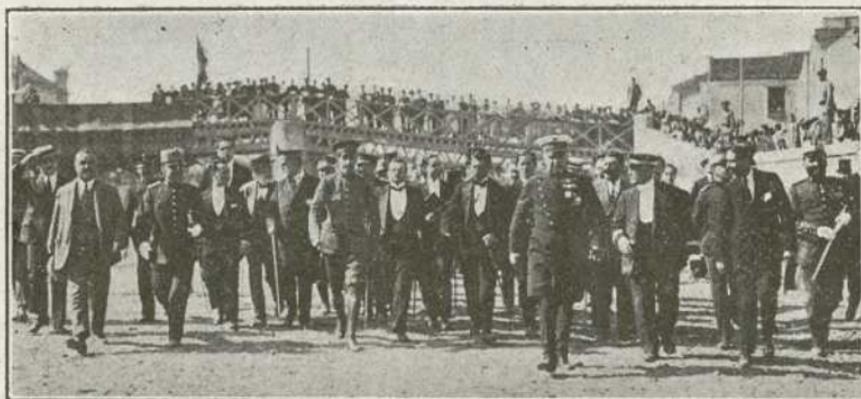
El Rey y el Alcalde firmando el acta de la primera piedra del puente que se llamará de Alfonso XIII.

S. I. revestido de Pontifical. En una mesita hallábanse los planos del puente con-

el rey estas frases, despidiéndose del señor Pino, y marchando a inaugurar la obra. Habíase levantado en el lecho del río y en el lugar en que ha de emplazarse el nuevo puente, un altar primoroso, ante el que se hallaba



El Sr. Obispo de Málaga bendiciendo las obras del nuevo Puente.



Bajo la Pasarela de la Aurora. Regreso.

Almendo, entregó a D. Alfonso una solicitud del barrio de la Trinidad pidiéndole su nombre augusto para el puente que va a emplazarse.

Diólo el rey de buen grado y de nuevo entre aclamaciones frenéticas, emprendieron la marcha. Al cruzar bajo el puente, las reinas de los barrios le arrojaron sus mantones.

—¿Y ahora quien os lo sube?— dijo riendo el rey que había recogido uno de los que cayeron.

Los aplausos no cesaron oyéndose frases tan malagueñas, como esta que puso en su boca un trinitario castizo:

—¡Olé Alfonso XIII! ¡¡¡El más grande!!!

La marcha.

En todo el trayecto desde el Pasillo hasta la estación, se reprodujeron las aclamaciones, no ocultando el rey la satisfacción que le producía entusiasmo tan sincero y desbordante.

Revistó el monarca las fuerzas que en la estación tributábanle honores, saludó al alcalde expresándole su gratitud por el recibimiento y puso broche de oro a su visita, ofreciendo interesarse por la prosperidad de este pueblo, que vale mucho, merece mucho y estaba muy olvidado.

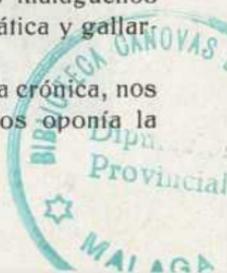
Asomado a la puerta del coche estuvo el monarca hasta que el tren partió seguido de los aplausos de los que fueron a despedirle, y del público que se hallaba en los alrededores de la Estación.

Nota final.

Terminada queda la labor que amigos cariñosos, — fiados más que en méritos de que carezco, en la fidelidad que había de informar el relato del viaje por haber sido asistente a todos sus actos — me confiaron.

Carece este modesto trabajo de galas retóricas y de exquisiteces de frases, porque el espacio fué limitado y por considerar que la sencillez de la narración, daba mejor que todas las primicias literarias, no al alcance del narrador, mejor idea del entusiasmo del pueblo, de las manifestaciones desbordantes de júbilo, con que los malagueños monárquicos y agradecidos acogieron la presencia simpática y gallarda del monarca.

La visita ha comenzado a dar su fruto, y al acabar esta crónica, nos llegan noticias de que se han vencido cuántos obstáculos oponía la





S. M. al tomar el coche para dirigirse a la Estación del Ferrocarril.

burocracia al despacho de expedientes para la construcción del hermoso Puente de Alfonso XIII; que será, Dios mediante, grata realidad en plazo brevísimo.

Ahora falta, que Málaga, y por ella sus representantes, empezando por el alcalde señor García Almendro, de cuyo paso triunfal por la alcaldía no podemos olvidarnos un sólo instante, y concluyendo por el más modesto de los obreros, pidan, procurando sacar el mayor fruto posible a la visita, en beneficio de la ciudad, que lentamente va transformándose, para llegar a convertirla en gran población.

Precisa también que los ilustres Marqueses de Larios, bienhechores constantes de Málaga, y el eminente ingeniero señor Benjumea, trabajen sin descanso para que el monarca pueda cumplir su palabra y venga a colocar la última piedra en los canales del Pantano del Chorro, y que el Marqués de Torrelaguna consiga que D. Alfonso y su augusta familia, haciendo efectiva una promesa, vengan a inaugurar el «Gran Hotel Príncipe de Asturias.»

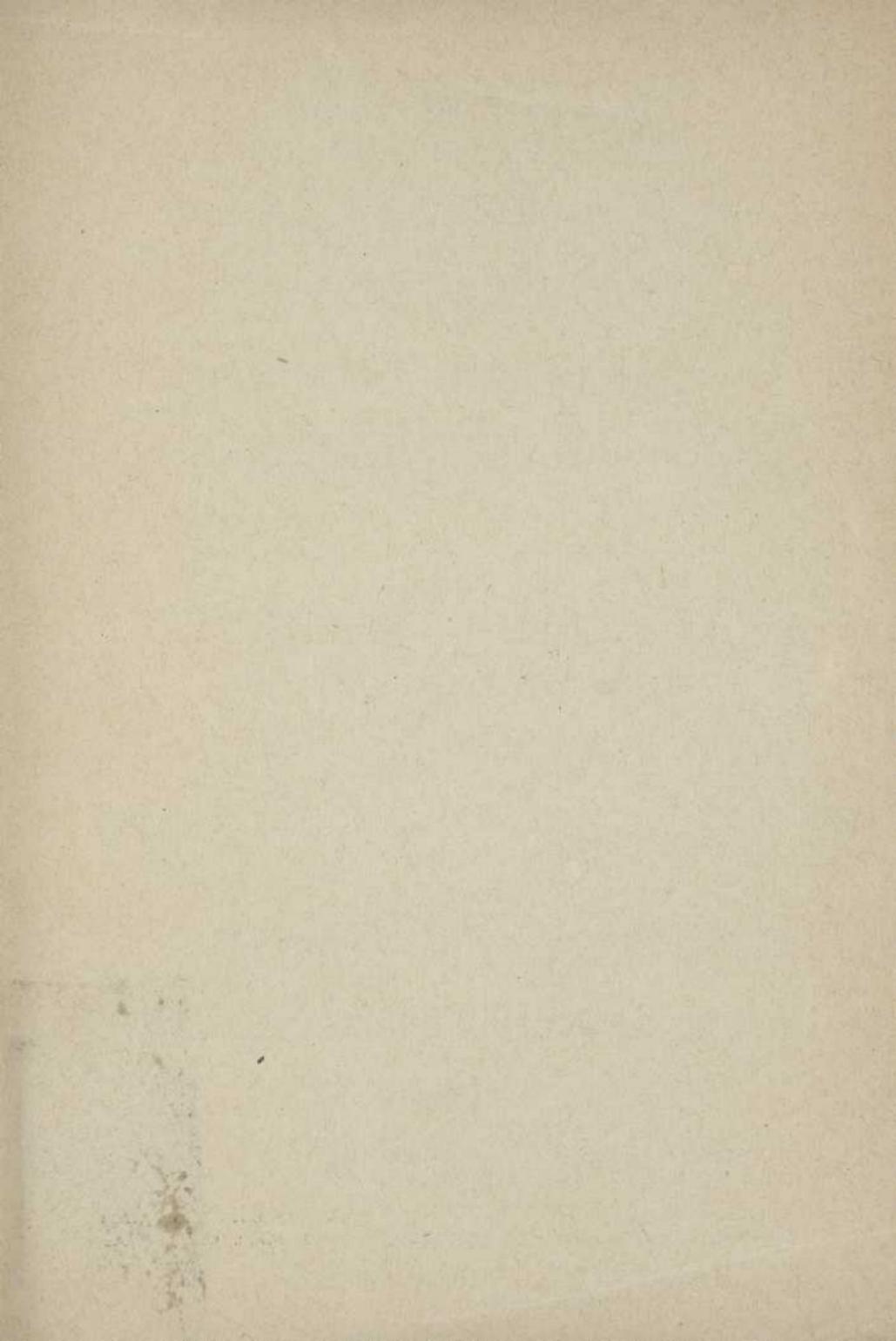
Se necesita, además, que los diputados con el alcalde, logren que el ministro cumbre, don Juan de Lacierva, muy bien dispuesto para proteger a la ciudad, no olvide sus promesas y labore con los malagueños de buena fé en la tarea de engrandecer a este pueblo.

Todo esto es necesario y todos confiamos en que se logrará. Con fé y entusiasmo, los pueblos más humildes se regeneran y engrandecen.

FIN

Málaga y Agosto 1921

Las fotografías que ilustran esta «Crónica del viaje de S. M.» se obtuvieron por los artistas fotógrafos señores Campúa, Sánchez, Arenas, Murillo Carreras, Osuna y Giménez Lombardo; y los grabados confeccionáronse en los talleres de «La Unión Ilustrada» de esta ciudad.





IMPRENTA LA IBÉR.
NUEVA, 31 AL 35.-MA

